



LAS RUBIAS MUEREN LLORANDO

silver kane

LAS RUBIAS MUEREN LLORANDO

SILVER KANE

LAS RUBIAS MUEREN LLORANDO

Col. SERVICIO SECRETO n.º [illegible]
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 22687 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN - DICIEMBRE 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 6167/63

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
833. — La reina de los muertos.

En Colección SERVICIO SECRETO:
683. — El hotel de Las Brumas.

En Colección SALVAJE TEXAS:
393. — Más allá de las sombras.

En Colección CALIFORNIA:
315. — Miss Muerte.

En Colección KANSAS:
232. — Estrella Negra.

En Colección ASES DEL OESTE:
234. — Siete ataúdes.

En Colección PUNTO ROJO:
85. — Di adiós al cadáver.

En Colección METRALLA:
9. — Condenado a morir.



CAPÍTULO PRIMERO

Todo empezó al llegar a El Pireo.

El Pireo, como todo el mundo sabe, es el puerto de Atenas, de la que apenas dista kilómetros y a la que está unida por una especie de Metro. Desde el muelle se ve el sucio edificio de la Aduana, detrás una iglesia ortodoxa, y más allá el amontonamiento de casitas bajas que forman en su conjunto como una pequeña colina.

Al llegar a El Pireo, Jimmie Todd vio todo eso.

Es decir, la Aduana sucia, la iglesia ortodoxa y el amontonamiento de las casitas bajas sobre muchas de las cuales se anunciaban en letras luminosas el «Coñac Metaxa» y las abreviaturas de las grandes Compañías de navegación que hacen la ruta del Oriente Medio.

Del Partenón y todo lo que uno espera ver al acercarse a Atenas, nada.

Si hubiese venido desde Oriente, Jim habría visto la Acrópolis en la lejanía, brillando al sol como un fuego amarillo. Pero viniendo desde Occidente, las mismas casas de El Pireo ocultaban la visión. Y Jim llegaba desde Occidente, o desde Argel para ser más precisos. Tuvo la impresión de hallarse en un pueblo de pescadores al que han superpuesto unos cuantos comercios de medio lujo para que cause buen efecto.

Estaba en la borda cuando el «Pequeño Agamenón» atracó en el muelle.

El «Pequeño Agamenón» era, en efecto, pequeño, olía mal y tenía

estropeados los inyectores de fuel, de modo que al navegar enviaba a los aires más humo que un acorazado de la Gran Guerra. Lo peor era que, según como viniese el viento, aquel humo no iba al cielo, sino a cubierta.

A Jim le molestaba más, de todos modos, el olor a letrina que parecía desprenderse de todas las mamparas del buque.

Al ver que atracaban suspiró:

—Menos mal. Hemos llegado de una cochina vez.

En realidad era injusto con el «Pequeño Agamenón». Lo había pillado de casualidad en el puerto de Argel, cuando fue liberado, apenas una hora antes, de las cárceles de Ben Bella. El capitán del «Pequeño Agamenón» le había hecho un favor como no se lo volverían a hacer en su vida, al admitirle entre el pasaje. Pero Jim tenía ganas de saltar a tierra. Tenía ganas de hablar de verdad con una mujer.

En alta mar se había enterado de que el buque iba a El Pireo. En realidad, lo mismo le hubiera importado ir a Estambul, a Esmirna, a Haifa o a cualquier otro lugar de la Tierra.

Jim no llevaba equipaje.

Con las manos en los bolsillos, fue el primero en llegar al borde de la pasarela.

Desde el puente de mando, el capitán gritó en inglés:

—¡Buena suerte!

—¡La necesito! —respondió Jim.

No llevaba más que cincuenta dólares en el bolsillo cincuenta dólares, es decir, unos mil quinientos dracmas.

Poca cosa para moverse por una ciudad donde, además, uno espera encontrar mujeres.

En la Aduana, la policía selló su pasaporte.

—¿No ha pasado por el «vista»?

—Es que no llevo equipaje.

—¡Qué raro...!

El policía, un tipo delgado, moreno, de lacios bigotes, que para nada recordaba el ideal que uno se ha forjado de la belleza griega, revisó su pasaporte otra vez.

—Es raro... —repitió.

Pero al fin, vencido por ese prestigio universal que aún mantienen los pasaportes americanos, se encogió de hombros y le dejó pasar.

Jim salió a la calle.

Había muchos taxis que eran últimos modelos de las factorías de Detroit. Muchos quioscos donde se vendían cigarrillos de todas las marcas, periódicos y alguna revista «Britons» donde había señoritas fotografiadas que enseñaban el liguero con gesto tímido. Había también algunos pedigüeños y algunos tipos que se ofrecían para guía de la ciudad.

Además, hacía calor.

El sol era como una cosa blanca, lechosa, que lo atravesaba todo y llegaba hasta el centro mismo de la cabeza, aplastándole a uno.

Jim se encontró subiendo, sin darse cuenta, las escaleras que llevaban a la iglesia ortodoxa. El frescor que debía reinar en las altas naves, decoradas con glaciales bloques de mármol, le atraía irresistiblemente. Además, la iglesia tenía dos puertas, una frente a la otra, y entre ambas había establecida una grata corriente de aire.

Jim permaneció silencioso allí durante largos minutos, hasta sentirse más calmado espiritual y físicamente. Pero la verdad era que la iglesia ortodoxa, demasiado recargada, no producía tampoco una completa sensación de paz.

Un pope de largas barbas negras se situó junto a él.

Por la puerta de la izquierda se veía el mar —un mar fresco y que parecía prometer mil delicias— y por la de la derecha la calle aplastada bajo el sol, de casas bajas, de tonos amarillos, donde los escasos transeúntes se movían poco a poco, pesados como estatuas.

Jim salió. Su reloj de pulsera, único objeto personal que le habían dejado conservar en las cárceles de Argel, señalaba las tres de la tarde, la hora peor para estar en la calle.

Entró en una tienda de las que abundaban en la gran avenida frente al mar, y compró unos pantaloncitos de baño.

Luego subió a un taxi.

—¿Habla inglés?

El taxista, con esa facilidad que los pueblos del mundo antiguo tienen para los idiomas, hablaba inglés.

—¿Cuál es la mejor playa de Atenas?

—Viejo Falero.

—Vamos allá.

Rodaron a lo largo de los muelles. Había allí barcos de todas las nacionalidades, desde los que enarbolaban la bandera española a los que ostentaban en la chimenea la hoz y el martillo de la Rusia Soviética. Un par de transatlánticos de los que efectúan cruceros de placer, hacían sonar las sirenas poco antes del desamarre. Había algunas muchachas opulentas, seguramente bailarinas de un cabaret, que se despedían de unos camareros con besos en la boca.

Jim cerró los ojos, como si hubiera recibido un latigazo en pleno rostro.

¡Diablos!

Mujeres…

—¿Sabe dónde se encuentran mujeres por aquí? —preguntó al taxista.

Este volvió la cabeza para mirarle con una mueca socarrona.

—Hay algunos establecimientos lujosos por Nuevo Falero, pero a esta hora están cerrados. ¿Le acompaño Juego?

—No sé hasta qué hora estaré en la playa. Gracias.

—Bueno, como quiera... Mire a la derecha. Esta es la Playa del Bajá.

A poca distancia había un muelle particular para yates de recreo. Muchos de ellos eran majestuosos, soberbios. Más que en los otros países de la cuenca mediterránea, allí se apreciaba una enorme diferencia entre pobres y ricos. Tras las ventanas cerradas de los hoteles se adivinaba la presencia de tipos tripudos durmiendo la siesta, de prendas delicadamente femeninas olvidadas en un borde de la cama.

Jim echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados.

¿Le alcanzarían sus mil quinientos dracmas —o lo que quedase de ellos después de su visita a Viejo Palero— para visitar un cabaret durante la noche?

¿Cómo serían las mujeres griegas? ¿Ásperas? ¿Desconfiadas? ¿O bien dulces y expertas en el amor, como las cantaron los poetas cuyos esqueletos yacían desde hace siglos en el fondo de las aguas?

Jim abrió los ojos.

—¿No hemos llegado aún a Viejo Falero? Llevamos bastante rato en este armatoste, ¿no?

—¿Viejo Falero? Usted me ha dicho que le llevara a Cabo Sounion. Seguro que me lo ha dicho.

Jim chascó los dedos.

—¿Dónde está Cabo Sounion?

—A unos sesenta kilómetros más. No se arrepentirá, señor. Créame, vale la pena verlo.

—¿Hay playa?

—Estupenda, señor.

Los dedos de Jim volvieron a chascar otra vez.

—Está bien, viejo tunante. Te he dicho Viejo Falero, o mejor, lo has dicho tú mismo, pero no importa. Llévame a Cabo Sounion. Como el sitio no me guste, te rompo la crisma con un pedrusco.

Rodaron junto al mar durante tres cuartos de hora, a buena velocidad, por una carretera llena de curvas.

Y llegaron a Cabo Sounion.

Valía la pena, cuernos.

El Templo de Zeus se adentraba en el quieto mar, y las columnas brillaban como si fuesen de oro bajo el sol oblicuo de la tarde. Había además, en una de aquellas columnas, grabada una firma que se atribuía a Lord Byron. La impresión era de majestuosa quietud, de soberana sencillez, y Jim se dijo que seguramente no encontraría aquello en ningún otro lugar del mundo.

Pero hacía calor.

Vio abajo un hotel, junto a la playa, y se hizo conducir hacia allí. Ordenó al taxista que se esperara. El muy astuto, felón y granuja se iba a quedar con toda su dinero, pero Jim se limitó a encogerse de hombros

pensando que en otros sitios aún le habían robado más.

Estuvo bañándose hasta que se hizo de noche.

Tenía la sensación de que el agua le limpiaba de toda la oculta suciedad del «Pequeño Agamenón» y de toda la manifiesta porquería de las cárceles de Argelia.

Al fin, después de tomar unos bocadillos en el *snack* del hotel, subió al taxi otra vez.

—A Nuevo Falero.

—¿A algún cabaret elegante?

—Ujú.

—¿Con muchas chicas llevando la banderita de «Libre»?

—Ujú dos veces.

El taxista le dejó en la puerta de un local medio al aire libre, y le sopló once dólares por la carrera. Jim entró.

Había allí chicas, cierto.

Desde morenas chipriotas hasta algunas judías de singular belleza, pasando por un par de rubias escandinavas, el surtido era como para encandilar los ojos a un tipo menos ansioso que Jim.

Y Jim actuó.

Como llevaba demasiado tiempo tratando a las mujeres de Argelia, de tez oscura y cabello negro, invitó a su mesa a una escandinava de tez blanca y cabellos como el oro.

La conversación fue tan interesante como suele ser siempre en estos casos.

Ella se llamaba Ingrid.

Él se llamaba Jim.

Ella tenía ganas de beber cosas caras.

Él no.

Él dijo que Ingrid tenía unas caderas como para marearse.

Ella dijo que ya lo sabía.

Ingrid insinuó que se estaba mejor bailando alguna cosa agarradita.

Jim contestó que pensaba insinuar lo mismo.

Bailaron.

Bailaron hasta que Ingrid susurró que él era un delicioso bestia y que si seguían por aquel camino le iba a dejar marcas en la piel.

Luego le preguntó de dónde venía.

—De Argel.

—Eso está muy lejos y muy revuelto. ¿Qué hacías allí?

—Era corresponsal de Prensa. Me destinaron a recorrer las antiguas Willayas cuando los franceses se *evaporaron* de allí.

—¿Y por qué te fuiste?

—Al contrario, me hicieron quedarme. Me enchironaron.

—Tú hablas el inglés con acento del Oeste. Debes ser yanqui.

—Lo soy.

—¿Y cómo se atrevieron con un todopoderoso señor de la Unión, que cada vez que estornuda escupe un dólar?

—Parece que escribí cosas que no gustaron al Gobierno de Ben Bella. Dije que se estaba volviendo absolutista, o algo así. El caso es que me tomaron por un conspirador de la oposición, y me metieron en la cárcel. El Consulado no quiso intervenir.

—¿Por qué?

Jim se mordió los labios.

—Tenían malos informes de mí. Debo ser un pájaro de cuenta —reconoció al fin—. Por eso, cuando me sacaron de entre rejas, tomé el poco dinero que tenía y me largué con viento fresco en el primer barco que estaba a punto de salir de la rada de Argel.

—¿De modo que eres un pinta?

—Sí. ¿Y tú?

—Cincuenta por ciento de vampiresa y cincuenta por ciento de chica de buena familia.

—Me quedo con la primera mitad.

—Está comprometida.

Jim, a quién la mujer le gustaba como quizá no le había gustado otra en su vida (o al menos eso creía él después de seis meses de encierro) sintió como si le hubieran derramado sobre la nuca un jarro de agua fría.

—¿Qué estás comprometida...?

—A las nueve he de irme.

Jim consultó maquinalmente su reloj. Eran las nueve menos cinco.

—¿De modo que he estado perdiendo el tiempo contigo?

Ella tensó el cuerpo.

—Yo estoy aquí para bailar y para entretener a los clientes, no para otra cosa. ¿O qué te habías creído, presidiario?

—Repite eso, monada.

Ella entreabrió los labios, pero no se atrevió a pronunciar una sola palabra.

Había algo en los ojos de Jim, había una llama helada, un reflejo metálico que pareció llegar hasta el fondo de sus huesos.

No dijo nada.

Solo señaló hacia un punto determinado de la barra, donde un tipo los estaba mirando a los dos.

Era un hombre de unos cuarenta años, fuerte pero demasiado grueso; un tipo de esos que se levantan por la mañana, se rascan la tripa y piensan cuánto les caerá de renta aquel día, sin dar golpe. Uno de los fulanos que tenían yate de lujo anclado en el muelle particular cercano a la Playa del Bajá. Justo el tipo a quién Jim tenía ganas de romperle la crisma aquella noche.

Seguro que era el que tenía que quedarse con la rubia a partir de las nueve, y quién sabe si para toda la noche. Muy bien. Tendría la rubia, pero en cambio se iba a quedar sin dientes.

Ingrid debió leer todos aquellos pensamientos en sus ojos, porque balbució con un trémolo de voz:

—No lo hagas, Jim.

—¿Ah, no?

—Yo no valgo tanto la pena. Te meterán en la cárcel otra vez si le partes la boca como estás pensando. En cambio puedo proporcionarte una compañía que vale más que yo.

No le dejó pasar. Antes de que se diera cuenta, ya le había depositado una tarjetita arrugada en la mano derecha.

—Es la dirección de mi casa, no lejos de aquí. Se va por Turkolymani. Hoy me ha pedido refugio en ella una chica que viene de no sé dónde. Es bailarina profesional, pero creo que le interesará ganarse unos dracmas por cualquier medio. Visítala.

Y añadió con voz insinuante:

—También es rubia…

Jim asintió débilmente, sin reflexionar aún.

No sabía que estaba aceptando la aventura más escalofriante en que jamás hubiese podido soñar.

CAPÍTULO II

Hacía fresco por los alrededores de Turkolymani.

Un vientecillo que llegaba del mar acariciaba las mesas de los restaurantes al aire libre, los balcones de los hoteles de lujo y las cubiertas iluminadas de los balandros. En sus camarotes había mujeres que se ponían sus medias de nylon para las fiestas de gala y caballeros orondos que se abotonaban con grandes esfuerzos su *smoking* blanco. Al mismo tiempo, los eternos vendedores de pipas y de chucherías deambulaban por las calles tristemente.

Jim miró la dirección.

Cerca de allí, le dijo un guardia. Al doblar la esquina, a la izquierda. Junto a una barbería de las que abundan en todas las calles de Atenas.

Con las manos en los bolsillos, Jim fue.

Allí estaba la casa. Dos pisos y persianas verdes en las ventanas. Una escalera de mármol a la que las luces de la calle hacían rebrillar tenuemente.

Segundo piso. Una puerta marrón, esmaltada, sin ninguna tarjeta con el nombre del inquilino. Y detrás de ella, sin duda, una mujer rubia.

Rubia y suculenta, como Ingrid había dado a entender.

Jim oprimió el timbre.

En este momento no se hizo la reflexión de que quizá la chica era honrada y él iba a forzarla con su actitud, al presentarse allí. Esa reflexión Jim se la hubiera hecho en cualquier otro momento, pero entonces no. Entonces solo pasaba por delante de sus ojos la imagen de una mujer rubia, con los cabellos flotando al viento, que sin duda no tendría inconveniente en recibir a alguien que no había estado viendo más que hombres durante seis malditos meses.

Volvió a llamar.

Seguro que la rubia se estaba acicalando ante el tocador, y no quería abrir hasta estar bien bonita. Seguro que era por eso.

Dos minutos, tres.

Nadie abría.

Jim empujó la puerta. Estaba cerrada.

Maldijo en voz baja.

Ingrid le había gastado una broma, y a él le estaba bien empleado por idiota. En aquella casa era capaz de vivir un sargento de la policía o una dama de sesenta años con cinco nietos. Lo mejor que podía hacer era largarse de allí con viento fresco antes de que le buscaran una complicación.

Empezó a descender las escaleras, y antes de llegar al primer rellano miró maquinalmente hacia atrás.

Se detuvo.

Por debajo de la puerta se filtraba un resquicio de luz.

Entonces el piso no estaba vacío. Allí dentro había alguien que no había querido contestar.

O no había podido hacerlo.

Jim era periodista desde los doce años, desde que empezó a trabajar por las redacciones limpiando las papeleras y los ceniceros y yendo a buscar cervezas para los redactores y esparadrapo para que los redactores se salvasen los puntos de las medias. Siempre había sabido que uno no debe dejar atrás cualquier cosa que le llame la atención. De modo que volvió grupas y trotó otra vez escaleras arriba.

La puerta.

Jim no era un profesional, pero sabía desenvolverse con las cerraduras bastante bien, sobre todo después de recibir lecciones prácticas de los detenidos en las cárceles argelinas. De modo que manejó su cortaplumas y tras un par de minutos de silencioso trabajo pude abrir la puerta.

En efecto, la luz estaba encendida.

La primera habitación era un recibidor pequeño, amueblado con piezas claras y con un par de tapices auténticos de Persia. Había también unos cuantos ceniceros reproduciendo escenas mitológicas (generalmente dioses persiguiendo a diosas con fines muy poco serios) y un abrigo legítimo de Astrakán colgado de un perchero.

Y sobre todo el perfume. El perfume inconfundible, entre suave y penetrante, que ya había notado en Ingrid.

De modo que aquella era de verdad su casa...

Ella no le había dado esquinazo.

Allí, en la otra habitación, debía estar la rubia. Seguramente durmiendo, la muy tigresa. Seguramente dejando que sobre la cama la acariciase el vientecillo de la noche.

Jim pasó a la otra habitación.

En efecto, allí estaba la mujer.

Estupendamente rubia.

Estupendamente bien formada.

Estupendamente ligera de ropa.

Estupendamente muerta.

CAPÍTULO III

Lo primero que Jim hizo fue pensar en la cárcel.

No precisamente en la rubia, ni en sus piernas, ni en la forma cruel como le habían dado muerte, sino en la maldita cárcel que le aguardaba en algún lugar de Atenas, cuando le pescasen allí.

Siempre cárceles en países cálidos… Argelia y Grecia. Siempre celdas achicharradas de calor por las que en las noches de luna uno veía perseguirse a las ratas y a las cucarachas.

No, él no volvería allí.

Jim fue a dar media vuelta y a largarse con viento fresco. Si llegaban a detenerle, el guardia a quién había pedido la dirección le reconocería inmediatamente. Por lo tanto era mejor ver si aquella misma noche salía algún vapor para Rodas, para Jaffa, para cualquier parte del mundo que estuviera bien lejos de aquella mujer rubia.

Pero el instinto de Jim pudo más que el miedo. En el último instante se negó a volver la espalda. Lo único que hizo fue limpiar las huellas dejadas en el timbre y cerrar la puerta, empujándola con la bocamanga, para que nadie le viese desde el exterior.

Luego se acercó a la rubia.

Estupenda mujer, por todos los dioses del Olimpo.

Mejor que una Afrodita o una Venus.

Más moderna. Más llenita. Más todo.

Iba a medio vestir, y daba la sensación de que la habían sorprendido mientras se estaba cambiando. Llevaba un vestido a medio abrochar, una media tensa, la otra caída y sin sujetar, los cabellos ordenados solo en parte y un solo zapato puesto.

Y habían hecho con ella una salvajada.

Tenía aún el burdo cordón anudado en torno al cuello, pero no era eso lo peor. Seguro que la habían golpeado antes de ahogarla. Había varios hematomas en su rostro y sangre en los labios. Había también bajo sus párpados unas lágrimas secas.

La rubia había muerto llorando.

Jim la miró bien.

No la conocía, no la había visto hasta aquel instante, y sin embargo, sintió por ella una intensa, una profunda, una definitiva piedad. Sintió ante su pobre cuerpo roto una compasión que no había sentido nunca y al mismo tiempo algo que no era compasión.

Ganas de vengarla.

Ganas de matar.

Jim se acercó a una de las ventanas abiertas y respiró pausadamente el aire quieto de la noche, intentando calmarse. No se atrevió a tocar una botella de *whisky* que estaba a su alcance para no dejar huellas. Luego, ya más calmado, volvió junto al lecho intentando reflexionar.

Lo primero que se le ocurrió fue que Ingrid había querido cargarle el paquete a él. La cosa era sencilla, en realidad.

Se buscaba un palomo (y en este caso él había sido un palomo estupendo), se le daba una tarjetita con la dirección donde estaba el fiambre, el pájaro iba, dejaba un par de huellas, se abría entonces la puerta de repente y entraba la bofia.

Fantástico. Palomo a la jaula.

Jim miró aprensivamente la puerta del apartamento, diciéndose que de un momento a otro iban a entrar allí catorce descendientes de Aquiles dispuestos a hincarle el diente. Pero la puerta no se movió. La casa seguía silenciosa como una tumba.

¿Y si no era así? ¿Y si Ingrid no había querido engañarle?

Miró mejor el cadáver.

Era más que probable que cuando Ingrid le dio aquella dirección la rubia aún estuviese viva. Por tanto Ingrid no había querido meterle en la trampa. Se notaba que la rubia había muerto muy poco antes por el detalle de las lágrimas semisecas que aún se marcaban en sus mejillas. Aquellas lágrimas habían sido derramadas apenas diez minutos antes. No habían tenido tiempo material para secarse aún.

Por lo tanto, los asesinos aún estaban cerca.

¿Pero quiénes? ¿Dónde se encontraban?

Solo tenía la completa seguridad de que eran más de uno.

Hacían falta al menos dos hombres para liquidar de aquel modo a una rubia tan monumental, de esas que con un golpe de cadera transforman a un peso pesado en un peso pluma.

Nerviosamente, Jim miró a su alrededor.

Había algunas cosas en desorden, pero estaba fuera de toda duda que nadie había sometido la habitación a un registro. Todo lo que estaba fuera de su lugar debía haber sido removido por la lucha que precedió al asesinato. Además, aunque encontrase alguna pista, ¿cómo podría él interpretarla? Desconocía Grecia. Del idioma solo sabía algunas palabras clásicas aprendidas en la escuela.

Pero encontró la pista.

Alguien había olvidado un látigo allí. Pero no, desde luego, un látigo cualquiera.

Era uno de esos látigos árabes que tienen cola de piel y mango sólido, forrado del mismo material. Dentro del mango, desenroscándolo, había un cuchillo, como en casi todos los instrumentos de esa clase. Era una pieza perfecta, casi digna de un museo, y con una inscripción en letras doradas.

La inscripción decía:

BEKLACEM

Era un nombre árabe, argelino tal vez. Quizá el del fabricante del látigo o el de su propietario. Había que mirar.

Jim buscó con los ojos la guía telefónica de Atenas.

No era voluminosa. Husmeó en ella y encontró un solo «Beklacem», en la calle del Estadio. No decía allí si era guarnicionero, médico o presidente del Consejo de Ministros. Pero había que comprobar.

Jim tomó el látigo, lo ocultó bien bajo sus ropas y salió del apartamento mientras a sus sienes asomaban unas gotitas de sudor helado.

Si alguien le veía, estaba listo.

Alto, rubio, fuerte, vestido según una moda demasiado occidental, resultaría inconfundible cuando alguien lo describiese a la policía.

Pero nadie le vio.

Aquella casa, según comprendía ahora, debía albergar casi exclusivamente niditos de amor. No había portero en ella. Se respiraba un ambiente discreto, casi íntimo. Debía ser uno de esos sitios donde nadie se preocupa del vecino para que no se preocupen de él.

La calle estaba perfumada, fresca.

En Turkolymani se respiraba la brisa del mar. Las terrazas de los cafés estaban llenas, y los yates amarrados en el puerto privado brillaban prodigiosamente.

Tomó un autobús hasta la calle del Estadio.

Esta es, algo así como el Ring de Viene, o sea una de esas calles de circunvalación que uno acaba encontrando una vez y otra por muchas vueltas que dé. La calle que lleva a todos los sitios y a ninguno. El sitio dónde están las centrales de las grandes compañías aéreas, de los Bancos poderosos, dónde están los empresarios bien forrados y las secretarias guapas.

La calle del Estadio.

El monumento al Soldado Desconocido. La subida hacia la Acrópolis. Y arriba el Partenón, iluminado por la noche, brillando como una joya.

Pero Jim no estaba para esas bellezas.

Buscaba la casa de Beklacem.

La encontró cerca del «Hotel Gran Bretaña», pero no era, ni mucho menos, una casa lujosa. Se trataba de un edificio viejo al que estaban reformando, porque aparecía cubierto de andamios. Faltaban los cristales y algunas ventanas enteras, y a primera vista uno podía pensar que allí era imposible que habitase nadie.

Pero Jira necesitaba comprobarlo.

Como el edificio formaba esquina, él miró por la bocacalle contigua,

que estaba llena de tiendas ya cerradas a aquella hora. Se trataba de una calle comercial, con pequeños establecimientos dedicados a la venta de «souvenirs», postales, ceniceros y armas antiguas. De día debía estar concurridísima, pero a esta hora apenas unos cuantos transeúntes pasaban por ella.

Jim vio una puertecilla.

No había ningún rótulo en ella, pero pertenecía a la casa en cuestión. Y tenía pinta de estar cerrada, guardando alguna cosa.

¿A los propios asesinos?

Era necesario verlo.

Jim, aprovechando su soledad de aquel momento, extrajo el látigo y lo desenroscó suavemente, de forma que solo con un leve tirón quedase al descubierto el puñal que estaba oculto en el mango.

Empujó la puerta.

Esta cedió. Daba la sensación de que le habían estado esperando, pero Jim advirtió eso demasiado tarde.

Lo advirtió cuando vio aquel patio rectangular, pequeño, y los cuatro tipos que se le echaban encima.

Lo advirtió cuando supo que iba a morir.

Fue a echarse hacia atrás, pero en ese momento alguien, que sin duda había estado oculto tras la puerta, la cerró suavemente a su espalda.

CAPÍTULO IV

Era una trampa.

Los cuatro tipos que estaban allí habían estado esperándole, sin duda, y la consigna que debían tener era dejarle sin un centímetro de piel sobre el cuerpo.

Y por si fuera poco, había otro a su espalda. Estaba también el fulano que acababa de cerrar la puerta.

Como un relámpago pasó el pensamiento por el cerebro de Jim. Quien fuera, había dejado el látigo con la intención de que lo encontrase; era un señuelo, una falsa pista para llevarle hasta allí. Un indicio para conducirle hasta la boca de la trampa.

Pero este no era momento para pensar, sino para actuar. Y Jim era uno de esos hombres que no se entretienen inútilmente ni una décima de segundo.

Se encorvó adivinando que el primer ataque vendría por la espalda. Y en efecto, el tipo que había cerrado la puerta le atacó cuchillo en alto, en una acometida silenciosa y mortal. Jim logró, al ladearse, que el puñal pasara solo rozándole, y empujó al individuo en el último instante. Este lanzó un grito y fue a rodar a los pies de sus compañeros, que se disponían a acometerle ya con los puñales en alto.

La inesperada caída del primer atacante detuvo a sus compañeros, pero eso duró tan solo unos leves segundos. El caído se levantó, y los cinco hombres atacaron a la vez. Jim, que había desenroscado del todo el látigo y ahora empuñaba solo el mango terminado en un puñal, comprendió sin embargo, que no podría esquivar la segunda acometida.

Una rapidísima ojeada en torno suyo le bastó para darse cuenta de que había allí varios andamios, unos sacos de cemento y unas vigas apoyadas contra la pared. De todo eso lo único que podía servirle eran las vigas, si conseguía llegar hasta ellas.

Saltó ágilmente sobre los sacos de cemento y desde allí a la pared en que las vigas estaban apoyadas. Un nuevo asaltante llegó tan solo unos segundos más tarde, y clavó hasta las cachas el puñal en el primer saco de cemento. El polvillo que saltó a sus ojos le dejó ciego durante breves instantes.

Los otros lanzaron gritos guturales en un idioma que evidentemente no era el griego. Jim tuvo la sospecha de que hablaban en árabe o en turco.

Pero no podía molestarse en comprobarlo.

Se apoyó con todas sus fuerzas contra el grupo de vigas y las tumbó. Los tipos que saltaban contra él retrocedieron a gran velocidad lanzando

maldiciones.

Pero uno de ellos no fue lo bastante rápido.

Dos vigas a la vez cayeron sobre su cráneo, que estalló de pronto con un seco chasquido. El hombre no debió sentir ni siquiera dolor. Cayó arrugado casi a los pies de Jim, convertido en un guiñapo, con los brazos abiertos. Y su sangre salpicó trágicamente la base de una de las paredes.

De todos modos esta no era más que una victoria muy parcial.

Jim se preguntó una vez más por qué querrían matarle, si hasta entonces no le habían visto nunca, y estuvo tentado de llamarles locos. Pero sus enemigos estaban decididos a no darle ninguna oportunidad.

Saltaron sobre él, atacando todos a un tiempo.

Jim ya no podía reflexionar, y se dejaba guiar solamente por el instinto. Fue su instinto el que le dijo que si dejaba que llegasen al cuerpo a cuerpo le coserían a puñaladas. Por eso lanzó la afilada hoja contra el enemigo que tenía más cerca, clavándosela en el estómago hasta el mismo mango. El herido lanzó un grito de agonía y se llevó las manos crispadas a la zona del impacto, mientras caía de rodillas.

Los otros tres tuvieron un momento de indecisión.

Ver caer a dos compañeros en menos de treinta segundos es como para hacer reflexionar a cualquiera, y aquellos tipos no querían morir. Pero también se dieron cuenta de que ahora Jim no tenía armas.

Y Tim se dio cuenta también de esto. Comprendió que su único recurso para intentar salvarse consistía en moverse más que sus enemigos, en ser mucho más rápido.

Saltó de costado justo cuando uno de ellos se lanzaba a fondo, con el puñal por delante. La hoja de acero rasgó la pared de ladrillo con un chirrido. Jim cayó de rodillas junto al muerto, el que tenía la cabeza aplastada, y en un feroz movimiento se apoderó de su cuchillo.

Vio que otro de sus enemigos venía volando hacia él. Levantó el brazo y fue su propio enemigo el que se clavó el puñal hasta las cachas, lanzando un alarido que debió mover de su sitio las columnas de los Propileos, en la entrada de la Acrópolis.

Fue esto, más que el ver a otro de sus compañeros muerto, lo que asustó a los dos individuos que aún quedaban en pie.

Pensaron que iban a ser atrapados de un momento a otro y corrieron hacia la portezuela exterior, que uno de ellos abrió con movimientos nerviosos. Segundos después habían desaparecido.

Jim se puso en pie de un salto.

Todo el cuerpo le temblaba, y sentía los nervios tensos como cuerdas de guitarra. La garganta se le había contraído y le impedía respirar. Ahora se dio cuenta de que estaba reventado, a pesar de que en toda la pelea no había hecho más allá de una docena de movimientos.

Pero la tensión dramática a que acababa de estar sometido le había

destrozado más que una carrera de las diez millas. En realidad ahora se daba cuenta de que, durante toda la duración de la pelea, no había podido ni respirar tan siquiera.

Ahora aguzó el oído para comprobar si llegaba alguien.

Nada.

Al parecer, los escasos transeúntes que a aquella hora circulaban por la pequeña calle lateral no habían podido identificar la procedencia del grito. O quizá habían ido a buscar directamente a la policía; eso era imposible saberlo.

De todos modos Jim tenía que arriesgarse.

Al menos tenía que saber *por qué.*

Vio que el hombre a quién clavara poco antes el puñal en el estómago estaba vivo aún, si bien su boca se estaba contrayendo penosamente ya con los espasmos de la agonía.

Se inclinó sobre él y preguntó en voz baja:

—¿Llamo a un médico?



Jim saltó violentamente

Hizo la pregunta en inglés. Supuso que si el individuo le contestaba era porque entendía aquel idioma.

—No lo llame —dijo el otro penosamente, hablando una mezcla de inglés y francés—. Es… Es inútil…

—¿Por qué intentabais matarme?

—Tú eres… Lacoste.

—¿Qué yo me llamo Lacoste? ¿Te has vuelto loco?

—¿Qué vas a ganar… con reírte de mí?

Jim apretó los labios, mientras levantaba suavemente la cabeza del otro para que pudiese hablar mejor.

—¡No me estoy burlando de ti! —gritó casi—. ¡Yo jamás me he llamado Lacoste ni conozco a nadie que se llame así! ¡Vosotros mismos os habéis dado el pego, imbéciles!

El otro quiso hablar y escupió sangre.

—¿Vosotros matasteis a aquella rubia? —preguntó Jim con rudeza—. ¿Fuisteis vosotros? ¡Habla!

El herido asintió silenciosamente, sin fuerzas apenas para otra cosa.

—¿Por qué la matasteis?

—Era mercancía… de Lacoste.

—*¿Mercancía?*

Jim zarandeó al herido, sin darse cuenta de que se le estaba quedando en las manos. Demasiado tarde advirtió que aquel hombre ya no podría volver a hablar.

Sus ojos se estaban volviendo vidriosos.

—Dejasteis el látigo allí para que lo entrase, ¿verdad? —preguntó de todos modos—. Al verlo, Lacoste sabría quién lo había hecho y dónde dar con vosotros, ¿no? Pero le habíais tendido una trampa…

—Sí. Era preciso… acabar de una vez con él.

—¿Por qué?

—Es… un competidor…

—Voy comprendiendo… —gruñó Jim—. Al parecer yo llegué por casualidad antes que ese tal Lacoste, y encontré el látigo que él debía haber encontrado. Fui demasiado entrometido y metí las narices en este lugar… ¡Maldita sea! ¿Pero en qué cochino negocio os está haciendo Lacoste la competencia? ¡Habla! ¡Habla de una condenada vez!

Jim sacudió al hombre, pero demasiado tarde se dio cuenta de que estaba increpando a un cadáver.

Con un último espasmo, el herido había dejado de existir. Jim lo soltó lentamente.

Y entonces fue cuando oyó el ruido de aquel coche deteniéndose junto a la puerta.

Había tenido razón en sus primeras suposiciones. Alguien había oído el

grito, pero en lugar de entrar directamente había avisado antes a la policía.

Y ahora los agentes estaban allí.

Jim comprendió que no tenía un instante que perder, y se esfumó por las interioridades del edificio medio en ruinas, donde los andamios y los montones de sacos se confundían con las sombras.

Dos policías abrieron la portezuela, pistola en mano. Tenían cara de comerciantes chipriotas y llevaban lados bigotes cayéndoles sobre la boca.

Uno de ellos lanzó un grito al ver aquella carnicería.

El segundo se arrodilló sucesivamente junto a los cadáveres, intentando comprobar si alguno de ellos era capaz aún de prestar declaración. No pensaron que el hombre que los había matado aún debía estar muy cerca.

Jim saltó sobre unos andamios y desde allí a las inmediaciones de una puertecilla que daba a la calle. Esa puerta estaba cerrada, pero él pudo abrirla de un brusco tirón. Se encontró entre las luces de la avenida sin que nadie se fijara especialmente en él. Con paso rápido echó a andar hacia el «Hotel Gran Bretaña».

Junto a la barra se alineaba un público distinguido, tranquilo, que bebía café turco o *whisky* escocés mientras comentaba las últimas noticias internacionales. Parecía como si entre aquel ambiente y el del pequeño patio donde yacían tres cadáveres hubiera miles de millas de distancia. Y sin embargo, solo mediaban unos cuantos metros... Jim tuvo que respirar hondamente para darse cuenta de que aún estaba allí, de que seguía vivo y de que estaba tras la pista del asunto más repugnante que se había puesto ante sus narices jamás.

¿Quién era el tal Lacoste?

¿A qué infiernos se dedicaba?

¿Trata de blancas?

No. Solo por eso los grupos rivales no se descuartizan. Tenía que ser algo más importante, algo que estuviera relacionado de algún modo con los países árabes, a juzgar por el acento de los que habían intentado matarle.

¿Esclavos? ¿Esclavas blancas?

Las palabras bailaron ante los ojos de Jim como si tuvieran forma física, como si fuesen una alucinación.

El camarero le miraba. Era un tipo delgado, sinuoso.

Preguntó en inglés:

—¿Qué desea tomar, señor?

—Un *bourbon* doble.

—Enseguida, señor.

Mientras lo paladeaba, Jim tomó una decisión.

Iría a ver a Ingrid. Iría a ver a la maldita Ingrid aquella misma noche.

CAPÍTULO V

Ella debía saber quién era Lacoste.

Si la rubia asesinada estaba en su departamento, lo lógico era suponer que al menos Ingrid la conocía. Y probablemente sabría también por qué estaba en Atenas y conocería, al menos en parte, los manejos de Beklacem y de Lacoste.

Ella era su única pista esta noche.

Jim pagó el *bourbon* doble y acto seguido fue a conserjería para encargar una habitación en el mismo hotel. Si era detenido por cualquier causa, produciría al menos buena impresión saber que estaba alojado en un sitio respetable. El «Gran Bretaña» era uno de los tres mejores hoteles de Atenas.

Subió a su cuarto, se dio una ducha fría y luego se vistió nuevamente, poniendo buen cuidado en conservar un aspecto correcto.

Luego salió.

Fue en un taxi al cabaret donde había conocido a Ingrid, pero ella ya no estaba. Recordó entonces que ella misma le había dicho que tenía compromiso con el tipo al que llegó a ver un momento junto a la barra.

Basura.

Jim sabía que estaba metido en un estercolero de la cabeza a los pies, pero ya no podía escapar de allí. Tenía que descubrir algo o resignarse a que, tarde o temprano, la policía griega le acusara de cuatro homicidios en una sola noche.

Fue al *barman* y le soltó de buenas a primeras un billete de a cinco dólares. El tipo se «maduró» enseguida. Jim le preguntó si sabía quién era el hombre que había acompañado a Ingrid a la salida.

—Naturalmente, señor. Es un comerciante que tiene mucha influencia en Atenas. Importaciones, exportaciones, buques que hacen la ruta de los puertos árabes. Él es argelino, señor.

—¿Por casualidad es argelino francés? ¿Por casualidad se llama Lacoste?

El *barman* le miró con ojos de extrañeza.

—Oh, no, señor, no se llama Lacoste. Ese es un nombre que no hemos oído aquí nunca. El caballero que tiene amistad con *miss* Ingrid se llama Beklacem.

CAPÍTULO VI

Beklacem.

Bueno, él ya sabía al menos alguna cosa. Sabía quién era el individuo que había hecho asesinar a la muchacha en el departamento de Ingrid. Sabía quién le había preparado aquella trampa en la Avenida del Estadio.

Sabía quién era el tipo al cual tenía que arrancar la piel.

Pidió otro *bourbon* doble, lo bebió y pagó su importe dejando una buena propina para el camarero.

Antes de que este la retirara, preguntó:

—¿Dónde vive Beklacem?

—¿Es por la chica, señor?

—Y si lo fuera, ¿qué?

—No se lo aconsejaría.

—¿Qué ocurre con Beklacem? ¿Las marca a fuego, como a las reses, y no consiente que nadie las toque?

—Exacto, señor. No lo consiente.

Jim respiró fuerte.

—Supongamos que no es por la chica.

—¿Negocios?

—Ujú.

—Entonces será mejor que espere hasta mañana. Supongo que Beklacem no querrá que le moleste nadie, mientras está con Ingrid.

—He oído decir que tiene cosas más importantes que las mujeres. He oído comentar que trabaja con mandanga.

—¿Drogas? Hay mucha gente que se dedica a eso en el Sudeste de Europa. Es la proximidad de los países árabes, ¿sabe? La gran línea del contrabando pasa por Bagdad y Damasco y termina en Beirut. Pero eso puede leerlo usted en los periódicos.

Jim se dio cuenta de que había acertado con aquella piedra, lanzada al azar. Beklacem era un buitre que se lo tragaba todo. Drogas, mujeres y seguramente armas, si el negocio se presentaba. Pero era difícil que el camarero supiese más de lo que acababa de decir. El camarero debía conocer los rumores que él captaba en el local. Únicamente eso.

Pero intentó presionarle dejando otros dos dólares sobre la barra.

—¿Su dirección?

—Si tiene mandanga para vender, espere hasta mañana. Es un consejo.

—No quiero encontrarle aquí. Prefiero que nos veamos en un sitio más discreto. ¿Su dirección? ¿La sabe?

El camarero retiró los dos pavos.

—Lo siento, señor, pero jamás la he sabido. Nadie la sabe aquí, ni posiblemente la propia Ingrid. Lo más probable es que Beklacem viva en un hotel cuando está en Atenas, porque viaja continuamente. Pero tiene negocios en El Pireo, como le he dicho. Exportación e importación. Allí podrá encontrar algo si se dedica a rascar un poco.

Era evidente que el camarero no sabía más. Jim le dirigió una sonrisa.

—Está bien, iré allí. Gracias.

—Suerte, señor. Y vuelva…

Jim pensó: «Si puedo…», y salió del local.

Los locales contiguos a la playa estaban animados. Brillaban las luces en todos ellos, reflejándose en las quietas aguas. Y había mujeres con las piernas cruzadas y con los ojos quietos, que hubieran hecho olvidar a Beklacem y a Ingrid. Pero con varios muertos a su espalda, Jim no podía permitirse el lujo de olvidar.

Tomó el ferrocarril hasta El Pireo.

La estación estaba casi vacía, y el puesto de periódicos empezaba ya a cerrar. Casi todas las tiendas, excepto los cafés, estaban ya con las luces apagadas.

Jim echó a andar.

No sabía exactamente dónde preguntar acerca de Beklacem, pero supuso que en la pequeña estación marítima alguien le conocería. Mientras él caminaba, vio reflejarse en el agua las luces de docenas de barcos. Todos los pabellones del mundo, desde el venezolano hasta el ruso, estaban presentes en el puerto. Y algunos de aquellos barcos se disponían a zarpar.

Fue entonces cuando Jim, que no podía decirse hubiera tenido gran suerte hasta aquel momento, la tuvo por primera vez.

Fue entonces cuando vio a aquel hombre.

* * *

El muy buitre estaba en la popa de uno de los barcos que iban a zarpar, entendiéndoselas con una chica.

Seguro que la chica era una de esas turistas más o menos nórdicas que viajan a los países mediterráneos esperando encontrar hombres morenos que se las coman vivas. Y el tipo aquel hacía honor a la fama, porque la besaba delante de todo el mundo. Y de qué modo… Pero, en fin, esta es una cosa que no le importaba a Jim ni seguramente importará a los lectores que hayan cumplido ya los ochenta años.

El caso es que aquel tipo le vio también.

Primero se puso blanco, luego dejó a la turista y por fin volvió grupas, escapando hacia el interior del buque.

Pero Jim le había reconocido ya.

Era uno de los tipos que le habían preparado la emboscada cerca de la Avenida del Estadio. Era el único de aquellos vampiros que había logrado

salir con vida.

* * *

Jim se preguntó en aquel momento qué era lo que debía hacer.

El barco había desatracado ya, y los remolcadores lo mantenían en este momento a unos quince metros de distancia. Era un trecho demasiado largo para intentar salvarlo de un salto, de modo que no había más remedio que dejar marchar a aquel tipo o arrojarse al agua.

Jim apretó los labios y los puños, mientras pensaba rápidamente en esta segunda posibilidad.

Pero iba a ser peor. Un agente vestido de gris estaba a poca distancia de él. Le detendrían, sin duda, y debería dar una explicación. Aquello sería poner mucho peor las cosas.

Cuando uno tiene varios muertos a su espalda, lo mejor que puede hacer es no llamar la atención.

Jim se fijó en el nombre del barco.

«Izmir».

Era turco.

Jim encendió un cigarrillo y se acercó al agente.

* * *

El tipo hablaba un pasable inglés.

—Ustedes, los turistas —dijo al oír la pregunta de Jim—, no hacen más que perder barcos. ¿De modo que le hubiera gustado marcharse en ese?

—Necesito ir a Estambul.

—Pues el «Izmir» hace la línea regular, pero no va directamente allí. Se para antes unas horas en Gallípoli. Si quiere ir a Estambul directamente, hay otro barco esta misma noche.

—¿Es posible?

—Viene de Nápoles y termina en los puertos del Mar Negro. Se llama «Flaminia».

—¿Dónde ha anclado?

—Lo encontrará a unos cien metros. Pero vaya aprisa, porque zarpa dentro de una hora y la Compañía que lo representa ya tiene cerradas las oficinas. No sé si el capitán querrá admitirle.

Jim le dio las gracias.

—Lo probaré.

El capitán resultó ser un viejo lobo de mar con una barba que le llegaba hasta el primer botón del uniforme. Al principio quiso echar a Jim con cajas destempladas, pero se dulcificó cuando vio el pasaporte americano y los dólares necesarios para pagar hasta Estambul un camarote de primera que él llevaba vacíos. De modo que terminó diciendo que sí.

—¿Cuándo llegaremos a Estambul?

—Mañana a mediodía.

—¿Y, el «Izmir»?

—¿Ese cascarón? Lo pasaremos en Gallípoli. ¿Pero qué le pasa? ¿Persigue a alguien?

—A una mujer.

El capitán se acarició la barba.

—Cuerno, debía haberlo imaginado. ¿Su esposa?

—La esposa de un amigo.

—Esto se pone interesante. ¿Cuándo le entierran a usted?

—Si encuentro al amigo, mañana. Si encuentro a la esposa, esta noche.

El capitán lanzó una carcajada.

—¿Sabe? Al principio creí que huía usted después de haber matado a unos cuantos hombres. Pero ahora veo que no. Me doy cuenta de que es inofensivo.

Jim quiso tragar saliva, pero no pudo.

Tenía la garganta convertida en el tubo de una cafetera.

⋆ ⋆ ⋆

En Gallípoli, sobre cuyas rocas está el monumento a los soldados aliados que murieron en la Gran Guerra del 14-18, dejaron atrás al «Izmir».

Jim apenas lo vio, porque lo pasaron al amanecer. Pero se dijo que allí estaba el tipo con quien se las entendió en la Avenida del Estadio, que allí estaba tal vez el mismo Beklacem, y que en Estambul los cazaría a los dos.

A la hora del desayuno, Jim fue al bar y estuvo bebiendo *whisky* hasta que los ojos se le pusieron como las teclas de una caja registradora.

Y al mediodía llegaron a Estambul.

CAPÍTULO VII

La cosa valía la pena.

Uno llegaba a olvidarse de que llevaba tres fiambres a la espalda, de que perseguía a unos buitres de cuidado, de que tras todo aquello estaban las curvas de Ingrid, para admirar los increíbles minaretes de Estambul, el gris de la Mezquita Azul, el amarillo de Santa Sofía, el sol rebrillando en el Cuerno de Oro, la multitud deambulando por el Puente de Galata.

Todo.

Estambul fue para Jim una de esas ciudades que siempre se ha soñado con ver y que al verlas resultan mejor que en los sueños. Durante minutos y minutos, mientras atracaban junto a la Estación Marítima, estuvo contemplando el fascinante espectáculo, admirando el verdor intenso de la parte europea y la asiática, tan distinto de la sequedad agobiante de las costas de Grecia.

Pero él no había venido aquí para admirar espectáculos.

Él había llegado para ajustar cuentas.

Por eso, cuando el barco atracó definitivamente, Jim saltó a tierra, compró un paquete de tabaco, tomó un café y se dispuso a esperar la llegada del «Izmir», que seguramente arribaría un par de horas más tarde.

Le quedaba tiempo para comprar algo de ropa.

Había dejado sus pocos objetos personales en el «Hotel Gran Bretaña», de Atenas, y no tenía más que lo puesto. De modo que atravesó el Puente de Galata, y se introdujo en el zoco de la ciudad, un poco más allá de la estación terminal del famoso «Orient Express».

Estambul, visto de cerca, era muy distinto que visto de lejos, desde la entrada del Bósforo.

Olía mal.

Las viejas casas de madera, de las que ya quedaban pocas, debían albergar miles y miles de ratas. Las tiendas despedían un olor espeso, repelente. Había sitios donde se tenía la sensación de que el aire puro no había entrado jamás.

Pero aun así, Estambul era hermoso. Era una ciudad buena para morir... y para matar.

Se compró unos pantalones y una camisa gris para que el tipo que debía llegar en el «Izmir» no le reconociera al primer golpe de vista.

Pudo pagar en dólares, al igual que en Atenas. No había tenido ni necesidad de cambiar su dinero, por liras turcas, al bajar en la Estación Marítima. Y en el hotel donde alquiló una habitación para cambiarse de ropa, también le cobraron en la misma moneda.

Luego volvió a atravesar el puente de Galata.

Los «ferry-boats» se cargaban de coches para atravesar el Bósforo y llegar a la parte asiática. Algunos pescadores vendían pescado fresco al terminar el puente. Todo el ambiente, los colores, el aire, eran los de esas ciudades asiáticas que uno ve en las películas de los sábados por la noche, mientras la novia, al lado, se harta de cacahuetes.

Pero Jim no se fijó en eso.

Sus ojos se habían achicado, su mirada se había hecho más dura y más peligrosa.

El «Izmir» entraba.

Venía dando bandazos por el Bósforo, a causa del oleaje de babor que le estaba sacudiendo. Casi todo el pasaje estaba ya en la cubierta, dispuesto a bajar. Jim no pudo ver al hombre de Atenas, pero dio por descontado que se encontraría pronto con él, a menos que hubiera descendido en Gallípoli.

¿Y si había bajado allí?

El buque atracaba.

Jim se colocó a un lado de la Estación Marítima, junto a la oficina de Correos y de Cambio de Moneda, justo en el sitio por dónde tenían que pasar a la fuerza todos los que desembarcasen. Además, tenía la ventaja de que el tipo no podía verle hasta que lo tuviera encima suyo.

Bajaron los primeros.

Algunos griegos, un par de turcos con aspecto aburrido, varios turistas ingleses, una mujer con más curvas que el Golfo de Salónica…

Y de pronto aquel tipo.

Jim lo vio antes que el otro. Sintió que se le encajaban las mandíbulas. Avanzó un paso hacia él.

Y fue entonces cuando oyó aquella voz a su espalda.

—Quieto, palomo, o te aso.

Le hablaban en inglés.

Y al hablarle le clavaban el cañón de una pistola en la espalda.

CAPÍTULO VIII

El fulano repitió:

—Quieto o te aso aquí mismo. No creas que me costará hacerlo, aunque esto esté lleno de gente.

Jim encajó las mandíbulas.

El buitre que le amenazaba estaba pegado a él, y llevaba una pistola de cañón largo en el bolsillo derecho de su americana, con la boca de fuego pegada a los riñones de Jim. Este se dio cuenta de que, como estaban juntos, nadie podía advertir la realidad de la situación. Y si aquella pistola llevaba silenciador acoplado, cosa probable, aquel tipo le liquidaría impunemente en menos tiempo del que se tarda en encender un cigarrillo.

Mientras tanto los pasajeros que descendían del «Izmir» iban pasando por su lado.

Jim masculló:

—¿Está seguro de que no se confunde, cara de búho?

—Claro que no. Usted se llama Jim y tiene pasaporte americano. Además es una especie de pesquisa, un hijo de perra de esos que se meten en todas partes. Me han enviado su descripción por cable desde el «Izmir». No puedo confundirme.

Jim quedó tan confundido que ni por un momento se le ocurrió hacer dudar a su adversario insistiendo en que estaba confundido. De modo que ya sabían quién era y habían organizado su caza… ¿Pero quién? ¿Y por qué?

No pudo dedicar mucho tiempo a contestarse estas preguntas.

En aquel momento el hombre del «Izmir» apareció.

Estaba algo pálido, pero sus ojos brillaban fija y peligrosamente. Cuando aquellos ojos se fijaron en Jim, hubo en ellos una llamarada.

Se acercó a los dos. Llevaba también la mano derecha en uno de los bolsillos de su americana.

—Vamos —dijo sencillamente.

El hombre que estaba detrás de Jim, empujó a este.

Nadie se daba cuenta de nada entre las docenas de pasajeros que salían a la calle en esos momentos. Jim pensó que no lograría nada intentando huir. La misma multitud le serviría de freno, y los dos hombres que iban tras él, le acribillarían fácilmente. Cierto que entonces les sería mucho más difícil huir, pero este iba a ser un triste consuelo para Jim, quien para entonces ya tendría asiento de preferencia en el otro barrio.

De modo que decidió obedecer.

Fuera, ya en la calle, había una parada de taxis. Daba la sensación de

que en Estambul todo el mundo era taxista. Los coches esperaban sus clientes en filas interminables y cuando lo habían conseguido, se lanzaban aullando por las calles estrechas donde no existían guardias reguladores del tráfico, ni luces, ni se respetaban las preferencias de paso, ni nada. Por lo que Jim había visto, tenía ya la sensación de que muchos turcos de los que deambulaban por las ciudades solamente vivían gracias a la misericordia de Alá.

Lo empujaron al interior de un coche.

—Entra.

Jim obedeció también. Notó que los dos tipos se colocaban junto a él, uno a cada lado, siempre con las manos metidas en los bolsillos de sus americanas.

El que había viajado en el «Izmir» fue quien dio la orden.

—Al café de Pierre Loti.

Jim sabía aproximadamente lo que era aquello. Un café que estaba en las afueras de Estambul, sobre un inmenso cementerio que dominaba el Cuerno de Oro. El lugar debía su nombre a que el novelista Pierre Loti, especialista en temas orientales, solía ir en otro tiempo a trabajar allí. Y si aquellos tipos pensaban llevarle a un sitio semejante, no sería, seguramente, para que admirase la belleza del paisaje.

Rodaron por Galata, sin atravesar el puente, bordeando las riberas del Cuerno de Oro, y ascendieron a gran velocidad hacia el barrio de Haskoy. Desde allí, por Babenklik, atravesando unos barrios miserables y ascendiendo por empinadas cuestas llenas de curvas y pobladas de chiquillos a los que no atropellaron por milagro, llegaron al café de Pierre Loti.

Era un tabernucho infecto, con piso de cemento, donde, al igual que en todas partes, la escena estaba presidida por un gran retrato de Kemal Attaturk, creador de la moderna Turquía.

Pero no entraron allí. Pasaron de largo ante la puerta.

Junto a las ventanas del café, abarcando una inmensa extensión de terreno, donde casi se perdía la vista, empezaba el cementerio.

Jim se había dado cuenta ya de que en Estambul los cementerios crecían por todas partes, desde los patios de las mezquitas a los solares por edificar que había entre las viejas casas de madera. Daba la sensación de que nadie se preocupaba de saber dónde estaban los muertos y dónde estaban los vivos. Los cadáveres eran enterrados en desorden, con la clásica columna plana que es típica de los cementerios mahometanos, y si el muerto era pobre y nadie podía pagarle aquel recuerdo, bastaba colocar sobre la tumba una simple piedra blanca. En determinados trechos había cuatro o cinco piedras sobre un simple metro de tierra.

Pero el cementerio en que ahora se encontraban Jim y sus dos enemigos superaba todo lo imaginable.

Ocupaba tres montañas enteras y daba la sensación de que las tumbas iban a caer de un momento a otro, con su macabro contenido, sobre las aguas del Cuerno de Oro, el hermoso brazo de mar que penetra en Estambul y lo divide en dos partes, dentro de la zona europea. Además allí no había nadie, excepto ellos tres.

Buen sitio para desembarazarse de un estorbo, para librarse de un paquete como él.

Los dos tipos volvieron a empujarle.

—¡Abajo!

—¿Qué vais a hacer? ¿Convertirme en huésped de este cementerio?

—Menos preguntas. Y andando.

—Desde arriba van a oír los disparos. Alguien puede veros.

—Llevamos silenciadores y además aquí nadie se mete en lo que no le importa. Pero aunque alguien se metiera, podríamos huir cien veces cementerio abajo antes de que nos alcanzaran.

Jim se dio cuenta de que era verdad.

Podía gustarle o no, pero estaba más acorralado que una rata dentro de una jaula.

Intentó ganar tiempo.

—¿Puedo, al menos, preguntar por qué intentáis liquidarme?

—Te has metido en lo que no te importa.

—Yo no me he metido en nada excepto en… descubrir contra mi voluntad una mujer muerta.

—Nada te hubiera sucedido caso de terminar las cosas aquí. Pero además acudiste a la trampa.

—¿Os referís a la «recepción» que había organizada en aquellas obras de la Avenida del Estadio? Estoy seguro de que no era para mí.

—Estás resultando muy listo, palomo.

—¿Contra quién estaba organizada?

—No hay inconveniente en decírtelo: Contra un tal Lacoste, que era quien teóricamente debía haber descubierto el cadáver. La muchacha era una mercancía por la que discutíamos todos.

—¿Mercancía?

Los dos tipos habían sacado ya las pistolas descaradamente. Le empujaron con ellas, estando a punto de hacerle rodar entre las tumbas.

—Bueno, basta ya de preguntas. Menos hablar. ¡Sigue descendiendo!

Seguro que querían alejarle todo lo posible del café para que no se oyera ni el taponazo de las detonaciones, y para que nadie pudiera perseguirles. Jim sintió que un sudor helado resbalaba por su espalda e iba bañándole las sienes.

Masculló:

—¿A qué os dedicáis? ¿A qué se dedica ese maldito de Beklacem? ¿A la trata de blancas?

—¡Tú no sabes nada, imbécil!

—¡Pero al menos quiero saber algo! ¡Quiero saber cómo conocisteis mi profesión y mi nombre!

—¡Telegrafiando a nuestro agente en Atenas! ¡Él pudo averiguar enseguida que habías llegado en el «Pequeño Agamenón», y allí estaban tus datos! ¡Todo lo que se podía saber sobre ti, incluso si te gustan rubias o morenas! ¡No todos los días llegan americanos a Atenas por vía marítima, imbécil!

Volvieron a empujarle otra vez con las culatas de las pistolas. Jim simuló estar débil y asustado, a punto de caer. Se bamboleó peligrosamente e incluso fingió tener que abrazarse a una de las columnas planas.

El tipo del «Izmir» gritó:

—¡Eh, tú, perro!

De pronto vio volar aquello contra él. En el primer instante creyó estar viviendo una pesadilla, tal había sido la velocidad fantástica de Jim para desenterrar de un tirón el monolito y aplastarlo contra la cabeza del primer adversario.

La bala de este restalló contra la piedra, mientras se escuchaba un grito de horror.

La sangre de la cabeza hendida casi salpicó a Jim, quien sin embargo, no pudo entretenerse ni una fracción de segundo en ver caer a su enemigo.

El otro había disparado.

Jim sintió que la bala quemaba su mejilla e instintivamente se lanzó hacia adelante, tratando de enlazar la cintura de su segundo enemigo. La segunda bala le pasó cerca de un ojo, tanto que le arrancó pestañas, y le dejó ciego en el primer instante, antes de atravesar una de las hombreras de su americana.

Sintió que rodaba abrazado a alguien y que ambos chocaban contra las piedras que marcaban las sepulturas. Jim notó un vivísimo dolor en la columna vertebral, pero no soltó al enemigo. Este lanzó una maldición mientras, ciego de dolor también, disparaba inútilmente al aire.

Jim pudo golpearle el cuello con el canto de la mano abierta.

Su adversario lanzó otro gemido de dolor, mientras instantáneamente se le cortaba la respiración.

Jim estaba sobre él.

Decidió aprovechar el momento fuese como fuese, pues el otro aún continuaba con la pistola. Mientras con una mano Jim sujetaba el arma de su enemigo, impidiendo que este llegara a apuntarle, con la otra levantó una de las pesadas piedras blancas que marcaban las tumbas.

En circunstancias normales quizá Jim no hubiera sido capaz de aquel esfuerzo titánico, pero ahora luchaba por su vida en las circunstancias más desfavorables que hubiera podido imaginar. Y necesitaba jugárselo todo a

una carta.

Levantó más la piedra.

Oyó como si llegara desde muy lejos, el chillido de horror de su adversario.

—¡Nooo...!

La piedra aplastó el cráneo en menos de un segundo.

Jim sintió una especie de inmensa repugnancia contra sí mismo, contra el mundo entero, contra todo, cuando notó hundirse bajo la piedra la cabeza de su enemigo. Pero ya no podía volver atrás, ni antes hubiera podido volver atrás tampoco. Había sido la vida del otro contra su propia vida. Jim respiró jadeante mientras soltaba la piedra manchada de sangre, aquella piedra que ya había servido para señalar a dos muertos.

Oyó que alguien gritaba arriba. Vio que un par de hombres bajaban corriendo la colina del cementerio.

Jim no tenía tiempo para registrar concienzudamente a los muertos, pero hizo lo que pudo: Se llevó la pistola de uno de ellos y las carteras de los dos. Luego descendió a gran velocidad, saltando entre las tumbas como un gamo o como un diablo.

Minutos más tarde llegaba al pie del cementerio, donde había unas ruinas y una parada de autobuses.

Subió en marcha al primero de ellos, sin fijarse siquiera en la dirección que llevaba.

CAPÍTULO IX

Se dio cuenta de que atravesaban el puente de Attaturk, el más alto de los situados sobre el Cuerno de Oro, rodando hacia la parte más vieja y poblada de Estambul.

¿Cuántos minutos habían transcurrido? ¿Cinco? ¿Diez?

Jim no hubiera podido decirlo. Había perdido la noción del tiempo. Era como si flotase en un ambiente macabro donde aún notaba los chasquidos de los cráneos que se había visto obligado a aplastar.

¿Qué ocurriría si le pescaban en Estambul? ¿Qué clase de pena de muerte se aplicaba allí? ¿Cómo podría justificar el haber ido regando de cadáveres todo el Sudeste de Europa?

Remontaron el bulevar Sulvari.

Jim tuvo sus dificultades para pagar en moneda americana, pero al fin pudo solucionar el conflicto. Entonces fue cuando se atrevió a mirar detenidamente las dos carteras.

Había en ellas abundancia de liras turcas, más de quinientas. Había también varios documentos sin importancia y en una de ellas una libreta con direcciones.

¿Cómo habían dicho que se llamaba el competidor al cual quisieron matar en Atenas, confundiéndole con él? Ah, sí... Lacoste.

Buscó en la «L».

Allí estaba. Por lo visto todos aquellos buitres se olían de cerca y se conocían bien. La dirección era un número del bulevar Babialic, cerca de la famosa mezquita de Santa Sofía.

Jim descendió del autobús en marcha y siguió a pie, Paseo de Ordu abajo, guiándose por el instinto y por la magnífica orientación que le prestaba, a trechos, la vista del Bósforo.

Llegó a Santa Sofía, la maravillosa mezquita que antes fue iglesia cristiana erigida por Constantino y que Kemal Attaturk había convertido en Museo.

Buscó el bulevar Babialic.

Echó a andar directamente hacia allí, una vez orientado, y de pronto se detuvo.

Porque acababa de darse cuenta de que alguien le seguía.

CAPÍTULO X

Era una mujer.

No es frecuente que sean las mujeres las que sigan a los hombres, y menos en una ciudad como Estambul, donde las chicas bonitas son mucho más codiciadas que en cualquier otro lugar del mundo, si se exceptúa el perímetro de los países árabes.

Y aquella era una mujer de calibre 44.

Tenía de todo, pero con ganas.

Vestía un traje chaqueta blanco, con blusa negra. Calzaba zapatos también blancos de alto tacón, y sobre ellos su cuerpo se moría con las suaves ondulaciones de una diosa. Tenía las caderas anchas, pletóricas, el busto abundante, el rostro suave y de un delicado perfil. Por si ello fuera poco, el conjunto estaba rematado por unos cabellos pelirrojos fulgurantes como una llama.

Era una de esas mujeres por las que uno atraviesa a nado el Bósforo o por las que aterriza con un cuatrimotor en Piccadilly Circus.

¡Y le estaba siguiendo a él! Le seguía a él, a Jim, a un tipo salido de las cárceles de Argelia, al que seguramente solo quedaba media hora de vida.

Por su forma de vestir, aquella mujer tenía que llamar forzosamente la atención en las atiborradas calles de Estambul, donde la mayor parte de las mujeres aún llevaban sus solemnes caftanes largos hasta los pies y la cabeza casi enteramente cubierta por un pañuelo negro.

Jim volvió la cabeza.

Ella le miró.

Seguro que le seguía, y además sin demasiado disimulo. Por fuerza tenía que haberse dado cuenta.

Para asegurarse, dobló una esquina. Ella la dobló también.

¿Una conquista?

Bueno, en el mundo ya no ocurren esas cosas.

Jim se detuvo ante un escaparate y encendió un cigarrillo, deteniéndose. Ella pasó por su lado.

—En esa puerta —dijo en inglés, al pasar.

La puerta a que se refería solo podía ser la de un local donde se leía: «Seklin Salonu».

A aquella hora no había nadie en el local.

Jim entró.

Ella lo hizo también.

Casi rozaron unos cuantos recipientes de cristal que formaban parte de las grandes pipas turcas que el local alquilaba.

Jim aplastó el cigarrillo contra la barra de madera.

Sentía a su lado el perfume, la cálida e incitante presencia de la mujer. Era como un sueño.

Jim la miró bien. A aquella distancia podía advertirlo perfectamente. Más que pelirroja era rubia. Otra rubia.

¿Para morir?

Ella encendió otro cigarrillo.

—¿Me das fuego?

—¿Cómo no? ¿Qué quieres tomar?

—Aquí tienen algo parecido al «Coca-Cola».

—Entonces los dos igual.

Bebieron un momento en silencio. La bebida estaba fría y tenía el mismo sabor que la que se podía consumir en Cincinnati. Ella fumaba mientras tanto lentamente, con una extraña fruición.

—Da la sensación de que es tu último cigarrillo —musitó Jim.

—Puede serlo.

—¿Te persiguen?

—Sí.

—Yo había tenido, en cambio, la sensación de que eras tú la que perseguías. De que me perseguías a mí.

—Tengo interés en hablar contigo. Mucho interés.

—¿Por qué?

Ella, lentamente, dijo entonces aquellas palabras increíbles.

—He visto lo del cementerio.

—¿Queeeeeé?

—Estaba abajo, en un coche. Al huir has pasado casi junto a mí. Te he hecho señas, pero no te has dado cuenta.

—Lo único que me preocupaba era poder subir al autobús. Pero si lo has visto todo, ¿por qué no has avisado a la policía?

—Los hombres a quienes has matado eran también enemigos míos. Los he podido conocer a distancia por sus trajes.

—¿Y dices que ibas en coche? Pues a mí me has seguido a pie.

—Lo he hecho solo a partir del momento en que tú has dejado el autobús. Las calles de Estambul no son demasiado buenas para perseguir sobre ruedas a la gente. Además, aquel automóvil era robado.

—¿Robado?

Jim iba de sorpresa en sorpresa. Ya no sabía qué pensar.

Durante sus andanzas por el mundo había conocido a mucha gente rara, pero nadie como aquella mujer.

—Lo robé para huir —musitó ella—. Tenía las llaves de contacto puestas.

—¿Para huir de quién?

—De aquellos hombres. Solo había uno al que no conociera.

—Sí, el que llegó de Atenas en el «Izmir». ¿Y los otros? ¿Qué era lo que pretendían los otros?

—Llevarme con ellos.

—¿A dónde?

—Eso es lo que no sé.

Jim terminó su bebida. Antes no había nadie en el local, pero ahora estaba lleno de tipos que miraban a la mujer con los ojos brillantes.

Daban la sensación de estar hipnotizados, de no vivir ni respirar, atentos solo a los menores movimientos de la hembra.

Jim ya había notado en el poco tiempo que llevaba en Estambul, aquellas miradas rápidas y fanáticas de los hombres, que eran respetuosos con las damas, pero que durante fracciones de segundo las miraban como si latiera un volcán en sus ojos.

Y detrás de ellos se leía un ansia que podía llegar hasta la muerte.

La mujer susurró:

—Me da miedo estar aquí...

—No se preocupe. Estuve en Argel durante los peores días y se cómo tratar a la gente cuando se sobrepasa. Pero hábleme de algo más. Por ejemplo, dígame cuál es su nombre.

—Sonia.

—¿Nacionalidad?

—Yugoeslava.

—¿Qué hacía en Estambul?

—La cosa no ha empezado aquí, sino en Venecia. Viajaba con una compañía de ballet clásico subvencionada por el Estado. Soy repórter gráfico y debía transmitir información para una cadena de periódicos de Belgrado, Skopie y Trieste. Pero de pronto algunas chicas del ballet desaparecieron.

—¿En qué circunstancias?

—Nadie pudo aclararlo. La policía italiana hizo investigaciones, pero cada día entran y salen miles de turistas de la ciudad de Venecia. Al final llegaron a la conclusión de que las chicas habían encontrado un «flirt» con algún millonario de los que escuchan los conciertos en la *Piazza* San Marco y se hospedan en los hoteles del Lido. Total, que la conclusión oficial es que se habían largado con viento fresco.

—¿Y tú qué hiciste?

—Yo me dije que es muy fácil que una chica encuentre un millonario en Venecia y pierda la cabeza por él, pero nunca cuatro chicas a la vez. De modo que pensé que allí estaba el reportaje más interesante de mi vida.

Me armé con mi máquina y fui haciendo algunas investigaciones. El resultado fue dar con Abdallah.

—¿Quién es Abdallah?

—Un árabe que tiene negocios de importación y exportación con los

países del Cercano Oriente.

—Igual que Beklacem…

—¿Quién es Beklacem?

—Imaginemos que un tipo parecido a Abdallah, y seguramente de la misma banda. Sigue.

—Abdallah es uno de los hombres a quienes tú has matado hoy.

Jim tragó saliva.

—Diantre… Entonces no hay duda de que las cosas están bien relacionadas. Continúa, por favor.

—Abdallah fingió querer ayudarme. Dijo que sabía lo ocurrido a las chicas y que la clave estaba en Estambul; incluso me dio una dirección para qué fuese allí en uno de los barcos que hacen la ruta del Bósforo. Creía estar sobre la pista del reportaje más sensacional del año, y además, como Abdallah no iba a venir conmigo, no tenía que temer ningún peligro para mí honra, que fue en lo primero que se me ocurrió pensar. Pero en esa dirección de Estambul…

—¿Estaba Abdallah, verdad? —terminó Jim—. El habría llegado en avión mientras tú viajabas en barco.

—Sí. Y además estaba con otros hombres. Era una trampa.

—¿Qué querían de ti?

—Querían llevarme a algún sitio clandestinamente, pero ignoro cuál.

—Haz memoria.

—He hecho memoria cien veces y he intentado dar un significado a trozos de sus conversaciones. Pero no hay nada que me ayude.

—¿Y lograste huir a pesar de todo…?

Ella respiró pesadamente, haciendo que se notara el vaivén de su maravilloso busto.

—Tuve que «convencer» a uno de mis guardianes con algunas discretas exhibiciones de piernas, pero al fin logré salir de allí. Me hubieran atrapado de todos modos si no llegas a venir tú.

—¿Por qué?

—Ante el anuncio de tu llegada se movilizaron todos. Fue como si de repente un terremoto les hubiera sacudido. No se preocuparon más de mí. Fue entonces cuando robé el coche, para huir, y vi casualmente lo del cementerio.

—El tipo que viajaba en el «Izmir» debió prevenirles, es cierto —susurró pensativamente Jim—. Pero no sabía que de rechazo te salvaba a ti, al acaparar la atención de la banda. Supongo, de todos modos, que con las bajas que han tenido, podrán dejarnos tranquilos por unas horas.

—Al contrario, eso les hará lanzarse con más saña. Tú eres en este momento la única persona a quién conozco en Estambul y la única que ha demostrado con hechos que está de mi parte. Por eso quería hablar contigo y, por eso solicito que me protejas. Si tú no lo haces… no sé cómo voy a

salir de esto. Pero ten en cuenta lo que acabo de decir: Se lanzarán como locos ahora.

—Para ser unos simples mercaderes en el repugnante negocio de la trata de blancas, ya han armado bastante ruido. Ahora se estarán chitón durante una buena temporada. No les conviene arriesgarse más.

—Es que no consiste en un simple negocio de trata de blancas.

—¿Cómo qué no?

—Es algo mucho más importante. No sé cómo explicarlo, porque no poseo en este momento pruebas concretas, pero una tiene la sensación de enfrentarse a una fuerza milenaria. Es algo que existe desde hace siglos, desde que el hombre es hombre. No sé cómo explicarme, pero es así.

Jim se mordió los labios. Él también había tenido aquella extraña sensación. La sensación de enfrentarse a algo que no era un negocio vulgar, sino tan viejo y tan poderoso como el mundo.

Pero no era momento de pensar, sino de actuar. De actuar rápidamente.

—Muy cerca de aquí tiene su residencia Lacoste —susurró—. El pájaro ha debido llegar volando desde Atenas, supongo. Vamos a hacerle una visita.

CAPÍTULO XI

La casa era de cuatro pisos, con ocho puertas en cada replano, pero al menos debían vivir sesenta familias en ella.

En todas partes se captaba ese olor espeso, flotante, pegajoso, que parece ser privativo de los bazares orientales y que es una alucinante mezcla de perfumes y de alimentos en putrefacción.

Las puertas eran marrones y en cada una de ellas había un número. Encontraron el departamento de Lacoste con cierta facilidad. Estaba en un recodo, junto a dos fenomenales manchas de humedad y de mugre. En la puerta contigua se oían los monótonos cánticos de una radio y los gritos incesantes de varios chiquillos.

Sonia, ansiosa, fue quien empujó la puerta.

—Está cerrada. ¿Llamamos?

—Lacoste es también un pájaro de cuidado —musitó Jim—; por lo tanto hay que tomar precauciones. Mejor será que le sorprendamos cuando menos lo espere. ¿Tienes una horquilla o algo fuerte?

—Sí, claro.

—Déjamela.

Todo esto había tenido lugar en breves segundos y con el mínimo ruido posible. Claro que era difícil que alguien advirtiese su llegada con el estrépito que provenía de los apartamentos vecinos. Jim improvisó con la horquilla una pequeña ganzúa y manejó la cerradura.

Esta saltó con un chasquido al cabo de breves segundos. Lo aprendido en las cárceles de Argel daba resultado otra vez.

—Entra.

Se encontraban en una habitación de pequeño tamaño, con una ventana a la calle, pero esa ventana tenía las cortinillas corridas, de modo que solo entraba en la pieza un leve rayo de luz. La luz, no obstante, era suficiente para alumbrar las moscas, gordas como puños y lustrosas como zapatos nuevos, que revoloteaban sobre la gran mancha del suelo.

Una mancha de sangre.

Lo único que prácticamente quedaba ya de Lacoste, el hombre a quién habían querido matar en Atenas, cerca de la Avenida del Estadio.

CAPÍTULO XII

El tipo estaba bien muerto.

Lo habían apiolado a conciencia, dándole dos cortes profundos junto al corazón y un tercer corte, mucho más profundo aún, en el cuello. Era por allí por dónde la vida se le había ido a borbotones, al vaciársele el cuerpo de toda su sangre.

Jim lo miró bien.

Lacoste había sido un tipo grueso, lustroso, de esos que se ven en los cafés lujosos y en los mejores hoteles de Oriente, donde el dinero fácil de las drogas y la prostitución corre de un bolsillo a otro.

Era fastidioso, pensó Jim, que lo hubieran confundido con él.

No se parecían en nada, infiernos.

Lacoste, en vida, debió de tener una boca carnosa y grande, de sonrisa torcida, unas mejillas mofletudas y siempre bien afeitadas; brazos algo cortos y un estómago donde hubiera podido albergarse la cabeza de un elefante.

Jim, en cambio, era alto y delgado, con rostro más bien ascético y mejillas algo hundidas, sobre todo después de haberse hartado de pasar hambre en las cárceles argelinas.

Cerró cuidadosamente la puerta a su espalda y se acercó al cuerpo, mientras Sonia temblaba apoyada en una de las paredes, con los dos puños materialmente metidos dentro de su boca, para no gritar.

Con los ojos, Jim intentó buscar el arma que había servido para realizar aquella carnicería.

Nada.

Sin duda aquello lo habían hecho entre dos hombres al menos, porque Lacoste había sido uno de esos tipos a los que no se puede vencer de un solo manotazo. Todo se había producido de un modo silencioso y rápido, pues ni un mueble estaba fuera de su sitio. Un trabajo casi perfecto si hubiera resultado un trabajo limpio. Pero lo habían puesto todo perdido de sangre.

Sonia masculló:

—Van a atraparnos aquí... ¡Van a atraparnos si no nos damos prisa en huir enseguida!

—No te preocupes, muchacha.

—¿Cómo no voy a preocuparme? ¡Siempre estás rodeado de cadáveres! ¡Por donde pasas tú, parece como si pasara la propia muerte!

Jim alzó levemente la cabeza, pues se había inclinado unos momentos sobre el cadáver.

—¿Tengo yo la culpa, Sonia?

—¡Vámonos de aquí!

—Antes tengo que registrar todo esto. Los que han hecho el trabajo son, sin duda, los asesinos a sueldo de un fulano llamado Beklacem. Pero de nada nos servirá haber encontrado el cadáver, si no hallamos, además, alguna pista.

Sonia se llevó las manos a las sienes, mientras intentaba reflexionar desesperadamente.

—Vamos a ver si logro llegar a alguna conclusión. ¿Quién es Beklacem? Hemos hablado antes de esto, pero no logro coordinar mis ideas. Dime, ¿quién infiernos es Beklacem?

—El jefe de Abdallah. Y Abdallah es el tipo que intentó raptarte, ¿no? De modo que hasta aquí estamos de acuerdo.

—Sí… Así es. Efectivamente.

La muchacha había cerrado los ojos y temblaba para no ver el cuerpo desangrado que tenía casi a sus pies.

—¿Y… quién es este? —susurró.

—Este se llama Lacoste.

—¿Qué tiene que ver con Beklacem?

—Era un competidor suyo.

—Debería ser muy importante, cuando…

—Muy importante —le interrumpió Jim—. En Atenas liquidaron a una chica solo para que él descubriese su cuerpo y lo tomara como un escarmiento. Lo que ocurre es que el que descubrió la chica fui yo y también fui yo el que acudió a la trampa que tenían preparada para Lacoste cerca de la Avenida del Estadio, en Atenas. Por lo visto los tipos apostados allí no le conocían personalmente y trataron de eliminarme sin más preámbulos, creyendo que yo era Lacoste. Pero al fin han cazado al tipo —señaló el cadáver penosamente—. Beklacem ha eliminado a uno de sus más peligrosos competidores. Lleva camino de ganar la partida.

—¿Pero qué clase de partida? —susurró ella—. ¿Cuál es exactamente su negocio? ¡Te juro que si sigo pensando en esto voy a volverme loca!

—Sobre la clase de negocio hemos hablado antes —musitó Jim—, pero sin poder llegar a ninguna conclusión. Aparentemente se trata de blancas, pero tú has tenido desde el primer momento la sensación de que se trataba de algo mucho más importante, de algo que estaba ligado de una manera muy íntima y misteriosa a los mismos orígenes de la civilización. Yo también he tenido esta misma sensación sorprendente y extraña. ¿Pero por qué? ¿Qué clase de negocio es el de Beklacem?

La respuesta de Sonia fue casi un gemido.

—No lo sé. Se trata de mujeres, evidentemente, pero…

—No solo debe tratarse de mujeres.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé aún, pero espero saberlo muy pronto. Necesitamos encontrar alguna pista, Sonia. Voy a registrar esta habitación.

Ella tragó saliva con un espasmo de su garganta.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Estate quieta aquí y no pierdas el control de tus nervios. Sobre todo no te acerques al cadáver. Sería terrible que al salir de aquí, fueras dejando huellas de sangre.

—Comprendo…

—Esta es una casa de vecinos, y Lacoste debía tener aquí su oficina muy disimulada. Sin duda tenía otra en Atenas y tendrá varias más por los países del Sudeste europeo, pero creo que de todos modos encontraremos algo importante.

Sin hablar más, empezó a actuar. Los que asesinaron a Lacoste no habían tocado nada, de modo que los muebles estaban intactos. Jim empezó a vaciar el contenido de los cajones y a sacar todos los libros de contabilidad que había en un pequeño despacho contiguo. Lo único que le preocupó no fue no dejar huellas: la sensación desórdenes que dentro de poco encontrarían los policías turcos, no le importaba gran cosa. Sabía que los turcos no llegarían a pescar a Beklacem; tendría que ser él quien lo hiciese.

Los libros de contabilidad no le dieron ninguna pista sobre el asunto. Por lo visto Lacoste había sido un negociante que se dedicaba a exportar las mercancías más variadas. Se señalaban allí partidas de cacahuetes procedentes del Sudán, marfil comprado en Dakar y transportado a través de todo África, perlas cultivadas adquiridas en el Japón y vendidas en competencia con las que se producían en el Golfo Pérsico, alfombras persas compradas al por mayor en Beirut y vendidas en las residencias coloniales de Mozambique… Todo aquello era tan heterogéneo, tan confuso que no se sacaba absolutamente nada en claro después de aquel examen, excepto que Lacoste manejaba fuertes sumas y que obtenía un beneficio neto de al menos el cien por cien en cada partida que enviaba.

Pero podía decirse que entre una mercancía y otra no había ningún punto de contacto, la menor relación.

Daba la sensación de que Lacoste traficaba con todo, y que incluso hubiera hecho importación y exportación de gatos muertos y envasados en lata, si eso hubiese sido negocio.

Solo había una cosa fija y general en todo aquel mare mágnum. Solo un nombre se repetía en cada partida de envío.

Jim se lo hizo notar a Sonia.

—Es extraño que todas las mercancías salgan precisamente del mismo sitio. Sea cual sea su procedencia, son embarcadas en Mombasa, en África Oriental. Desde allí se las reexpide, pero no se indica en ningún caso el lugar de destino. ¿Qué te sugiere esto?

—Nada... Excepto lo que todo el mundo sabe: Que Mombasa es el puerto quizá más importante que hay en todo el sector oriental de África.

—Por consiguiente Lacoste debe tener allí unas grandes oficinas, claro.

—Es de suponer.

Jim entrecerró los ojos.

—Vamos a hacer una cosa.

—¿Qué?

—Es posible que en la central de Teléfonos, de Estambul, se pueda consultar una guía telefónica de Mombasa. Por lo menos habrá que intentarlo. Me gustaría saber qué es lo que tiene ese tal Lacoste.

—Quizá el teléfono esté a nombre de una compañía y el apellido Lacoste no figure para nada.

—Hemos de correr ese riesgo.

Jim se dio cuenta de que ya no le quedaba nada importante por examinar. De modo que, manteniendo en la mano derecha el mismo pañuelo con que lo había tocado todo, se dirigió a la puerta.

—¿Qué vas a hacer?

—Hay que esfumarse de aquí, muchacha.

—Pero pueden vernos...

—Es necesario correr ese riesgo.

La tomó por el brazo y la empujó suavemente, mientras abría en silencio la puerta.

En los largos corredores de la casa de vecinos no se veía a nadie. A pesar del bullicio que palpitaba detrás de cada puerta, ninguna de estas se abrió mientras ellos avanzaban rápidamente escaleras abajo. Al llegar a la calle se detuvieron, respirando fuertemente, y entonces se dieron cuenta de que hasta aquel instante habían estado conteniendo el aliento.

Sonia musitó:

—Si llegan a vernos...

—Hubiera sido un mal trago, muchacha. Somos occidentales y habríamos llamado poderosamente la atención. Por las descripciones, la policía nos hubiera descubierto al instante.

—Pronto, alejémonos de aquí.

—Sin correr, muchacha. Hay que procurar llamar la atención lo menos posible.

—¿Dónde encontraremos la oficina de Teléfonos?

—No lo sé. Ignoro si aquí lo tendrán dispuesto al igual que en Francia, donde Teléfonos, Correos y Telégrafos forman un solo edificio. Pero un taxista nos llevará.

El taxista les hizo rodar por medio Estambul para llevarles al fin a una central telefónica muy cerca del lugar donde lo tomaron. Pero Jim prefirió callar resignadamente para no llamar la atención.

En Teléfonos encontró a un individuo que hablaba francés. Le preguntó

si era posible consultar guías telefónicas de países africanos.

Era posible pero necesitaban pedir permiso al jefe, y además, las guías no estaban al corriente.

Resultaba igual. Para lo que ellos se proponían, bastaba con una guía que no fuese anterior a la invención del teléfono.

Minutos después la tenían en las manos. La guía estaba en inglés. Y parecía increíble la cantidad de teléfonos que funcionaban en Mombasa.

Conteniendo también la respiración, como si de aquello dependiera su vida, fueron repasando los nombres.

Lacoste… Lacoste… Había tres de ellos en la guía. Uno era médico, el otro ingeniero y el tercero importador y exportador. No cabía duda de que el Lacoste cuyo cadáver habían visto se trataba de este último.

—El pájaro tiene ahí un nido… —musitó Sonia.

—Sí. Y ahora hay que ver si Beklacem tiene también otro.

Lo tenía.

Y muy cerca de Lacoste. Ambos almacenes estaban en la rue Aboukir.

Jim cerró la guía pensativamente.

CAPÍTULO XIII

Jim lo dijo pocos minutos después cuando ambos se hallaban sentados ante un velador de un café cercano a la vieja estación del Oriente Express.

—Debemos ir a Mombasa.

—Pero… ¿Pero te has vuelto loco? ¿Cómo pretendes llegar hasta allí? ¿Qué piensas obtener en un país desconocido, donde Beklacem debe tener a su disposición a dos docenas de hombres? Cualquiera de ellos nos mataría por medio dólar. He oído decir que el hampa más miserable y más cruel que existe en el mundo puede ser contratada en los viejos puertos del Golfo Pérsico ¿Por qué no abandonas ya?

Jim susurró:

—Abandonar…

—¿Qué te importa a ti Lacoste? Está muerto, ¿no? ¿Para qué pensar más en un cerdo como él?

Ahora Jim apretó los puños con tanta fuerza que sus nudillos blanquearon. Pero no se dio cuenta.

—No solo está muerto —susurró.

—¿Qué quieres decir?

—También lo estaba aquella muchacha de Atenas. Y también lo estarías tú si no llego a arribar a Estambul casualmente. Y solo Dios sabe cuántas muchachas como vosotras estarán en este momento deseando morir.

—Pero tú solo no puedes resolver nada…

—Por lo menos voy a intentarlo —dijo Jim—. Te juro que voy a intentarlo. En cuanto a ti… Tú marcharás a tu país Muchos aviones que llegan desde el aeropuerto Beirut paran en Estambul. Casi todos hacen escala en Belgrado y en Frankfurt sur Maine. Toma cualquiera de ellos. Tómalo y olvida esta aventura maldita.

Ella apretó los puños también. Pero lo hizo con una extraña suavidad, con una extraña ternura.

—No —susurró—. Yo voy a acompañarte.

—¿A Mombasa? ¿Estás loca?

—A Mombasa, cariño.

—Pero van a enterrarte allí…

—Mejor. Así quizá sepa con todo detalle qué es lo que hacen los negros para enterrar a una blanca.

CAPÍTULO XIV

Mombasa está situada en la costa oriental de Kenya, al norte del importante puerto de Daar es Salaam y casi enfrente de Zanzíbar.

Su población no es muy elevada; unos sesenta mil habitantes aproximadamente. Si solo fuera por eso Mombasa sería una ciudad sin gran importancia, de esas en que los colonizadores ingleses se dedicaron a extender un par de carreteras, crear un par de clubs de golf y rascarse la barriga mirando el horizonte.

Pero no. Mombasa es el gran puerto de embarque para los países árabes situados más allá del Océano Índico. Embarque legal e ilegal, se entiende. De allí salen docenas de barcos que llevan el cargo en regla y docenas más que han estibado el contrabando en los lugares más inverosímiles. Mombasa es, pues, uno de los puertos más bulliciosos del mundo.

Los árabes, los indios, los judíos, los negros y los europeos se mezclan en sus calles de la forma más desordenada, más audaz, más peligrosa. Pocas encrucijadas marítimas del mundo, excepto tal vez Singapur y Hong-Kong, pueden ofrecer esa extraña y excitante mezcla.

Jim pensaba en todo esto mientras trazaba un plan para llegar hasta allí lo más rápidamente posible.

Necesitaban fundamentalmente dos cosas: pasaportes y dinero.

Él tenía su pasaporte en regla. Sonia también. Lo mismo el visado de salida yugoeslavo que el yanqui les autorizaban a viajar por el mundo entero.

En cuanto a dinero, había bastante entre lo que él tenía, lo que tenía Sonia y lo que habían encontrado en las carteras de los muertos, consistente en buenos fajos de liras turcas.

Ahora solo faltaba encontrar un procedimiento de viaje muy rápido. El avión, sin duda, porque seguir desde Estambul la ruta del Canal de Suez, por Port Said e Ismalía, hasta llegar al Mar Rojo y de allí al Océano Índico, representaba un viaje de diez días de duración, al menos, contando las más breves escalas.

Jim examinó las rutas.

—Va a salirnos caro, pero llegaremos pronto allí —decidió Jim—. La primera escala consiste en llegar a Beirut o a Roma. Vamos a ver qué es lo que nos conviene más.

Les convenía más Beirut.

Había vuelos regulares con gran frecuencia desde Estambul a la capital del Líbano, en la escala de las grandes líneas que unen Nueva York con el Oriente Medio. Y como les convenía salir de Estambul cuanto antes, no

dejando tiempo a la policía para actuar, tomaron el avión aquella misma mañana.

Al anochecer estaban en Beirut.

La capital empezaba a resplandecer desde el mar hasta los miles y miles de fincas de recreo edificadas en las alturas del Líbano. Beirut les pareció una ciudad moderna, activa, pero inquietante, donde daba la sensación de que cada hombre bien vestido era un tratante de blancas, un jugador de ventaja o un traficante en drogas. No obstante esta sensación, que podía muy bien no coincidir con la realidad, Beirut era quizá la capital más próspera y brillante de todo el mundo árabe.

Sonia musitó, cuando llegaron al fabuloso aeropuerto que une cinco continentes:

—¿Conoces Beirut?

—No, todavía no.

—¿Dónde nos alojamos entonces? ¿Tienes alguna opinión?

—Veremos. Aquí al menos tenemos una ventaja, y es que los europeos no llaman la atención.

Beirut, en efecto, era cosmopolita en extremo, y nadie era notado en sus abigarradas calles. Claro que una mujer como Sonia llamaba la atención poderosamente en todas partes. Eso era lo malo.

En la plaza de los Mártires había un par de hoteles, pero Jim se dio cuenta de que la explosiva acompañante que iba a su lado era capaz de desatar una auténtica manifestación.

Y entonces se preguntó: ¿Dónde diablos puede pasar sin ser notada una mujer bonita?

Tal vez en el fabuloso «Hotel Fenicia», uno de los más ricos y lujosos de todo Oriente.

Fueron allí.

El «Fenicia» estaba un poco más allá del barrio alegre, del barrio de vicio discreto. Más allá de las calles donde en cada bar había insinuada la silueta de una mujer blanca.

Cara al mar, cerca del también fabuloso «Hotel Rey Jorge», el «Fenicia» era el lugar donde se reunía toda la gente elegante de Beirut, la misma que se encontraba por las noches en el Casino y durante las mañanas panza al sol en la playa de la Roca Horadada.

—Solo vamos a pasar una noche aquí —musitó Jim.

—Mañana enlazaremos con el avión que sale para El Cairo.

—¿Dos habitaciones? —preguntó ella.

—Dos habitaciones —susurró él.

Sonia dijo simplemente, a media voz:

—Cariño, eres un idiota.

⋆ ⋆ ⋆

Al día siguiente volaron hacia El Cairo. Si llegaban pronto a la capital egipcia, podrían enlazar aquel mismo día con el avión que llegaba hasta Nairobi.

Llegaron a tiempo.

Sin salir del aeropuerto, pudieron tomar poco después el avión que hacía la línea Madrid-Roma-El Cairo-Khartoum y Nairobi. Entre Nairobi y Mombasa había una línea de ferrocarril.

Habían hecho, pues, más de medio camino cuando subieron al poderoso reactor en El Cairo.

Volaron sobre el desierto en dirección a Khartoum, en el antiguo Sudán anglo-egipcio, donde Lord Kitchener obtuvo a finales del pasado siglo una decisiva victoria contra los rebeldes que habían derrotado a Gordon y asestado un golpe mortal al prestigio de Su Muy Graciosa Majestad la reina de Inglaterra. Ahora la situación era distinta. El Sudán se había transformado en un país independiente y pobre, y sobre sus arenas ondeaba otra bandera. Pero las caravanas, el hambre, la suciedad, eran los mismos.

Hicieron una pequeña escala en Khartoum y se adentraron en las espesas selvas del África negra, en dirección a Nairobi.

Fue allí donde Sonia, que había guardado un espeso silencio desde que salieron de Beirut, habló casi por primera vez.

—Cómo ha cambiado todo, ¿verdad?

—Es casi increíble dejar atrás las arenas del desierto… y encontrarse con esta selva que lo ahoga todo.

—He oído decir que bajo nuestros pies se encuentran ahora las reservas de animales salvajes más numerosas y nutridas del África.

—Así es. ¿Pero por qué piensas en las fieras? —musitó Jim.

—Por una elemental asociación de ideas.

—Piensas que nos estamos metiendo en un buen lío, ¿verdad?

—Ese pensamiento no me ha abandonado desde que nos encontramos en Estambul. Debimos haber dejado entonces las cosas como estaban. Tú marchando a los Estados Unidos y yo regresando a Belgrado. Era lo más lógico y lo más sensato que se nos podía ocurrir.

Jim retiró lentamente el cigarrillo que en aquellos momentos sabía amargo en sus labios.

El interior del avión se encontraba sumido es una suave penumbra que daba una falsa sensación de seguridad y hacía más fáciles los pensamientos.

Uno podía creer que se encontraba a bordo de un reactor para un viaje de placer o para una cacería por las selvas de África. Podría creer que viajaba con Sonia para pasar juntos una temporadita en cualquier hotel de Nairobi, donde no les molestase nadie.

Pero todo aquello era falso.

Iban tal vez a dejarse la piel en cualquier callejón perdido de Mombasa y en cuanto a la muchacha, él no llegaría a saber jamás si era dorada o no la piel de sus piernas.

No quería acercarse a ella. No quería rozar sus labios para nada.

Prefería no tener que sentirlo si por casualidad era ella la que se dejaba la piel en la aventura. Sentía un poco lo que sienten los oficiales de los grupos de combate, que no quieren tomar afecto a sus Soldados porque saben que al menos la mitad de estos van a morir.

Jim susurró contestando a la muchacha:

—¿Querías que nos alejáramos dejando a nuestras espaldas aquella legión de muertos?

—Quizá nadie nos hubiera relacionado con ellos.

—O quizá sí. A mí, al menos, me han visto ya demasiada gente. Y sé que me perseguirían hasta el fin del mundo cuando la Interpol llegase a identificarme. No quiero correr ese riesgo.

Dejó el cigarrillo en el cenicero y añadió:

—Además...

—Además, ¿qué?

—Yo tengo a mi alcance el mejor reportaje de mi vida, reportaje que podemos firmar juntos. Obtendrás, además, unas fotos sensacionales, si salimos con vida de esto. ¿Llevas tu máquina de fotografiar?

—La perdí en la huida.

—En Mombasa debes comprar otra. Supongo que allí hay artículos de todas marcas, especialmente de procedencia japonesa. ¿Tienes algún arma?

—No.

—Yo llevo una pistola que arrebaté a uno de los tipos a los que hube de matar en el cementerio turco. Pero supongo que también en Mombasa podremos comprar algún arma de pequeño calibre. Los indígenas las venden.

Ella dijo débilmente:

—Sí.

Pero se adivinaba, por la expresión de sus ojos, que estaba pensando en otra cosa.

* * *

En qué consistía aquella otra cosa lo supo Jim más tarde, cuando el poderoso reactor estaba a punto de finalizar su viaje en Nairobi. Lo supo cuando notó de pronto entre sus manos la mano cálida, pequeña y ansiosa de la muchacha.

—Jim...

—¿Qué hay Sonia?

—He de decirte algo. He de decirte algo que no tiene importancia, pero que quiero sepas. Eres el primer hombre que me ayuda sin pedirme nada a

cambio. Sé que nunca te lo podré pagar.

—Okey, muchacha, pero te equivocas. Si te ayudo es porque vamos los dos a la fuerza en la misma nave. No me queda más remedio que acompañarte hasta el fin, aunque por mí gusto tú habrías tomado un avión para Belgrado en lugar de venir a Nairobi.

—Sé que te ocurre una cosa, Jim.

—¿Sí? Al parecer eres muy lista, Sonia.

—Tú no quieres tomarme cariño. No quieres pensar en mí, por si me dejo la piel en este lado de África.

—Supongamos que sea cierto.

Jim quería mantenerse indiferente, pero en realidad el contacto de la mujer le producía una indefinible ansiedad. La simple proximidad de sus labios bastaba para hundirle en una sensación de vértigo.

¡Si pudiera estrecharla entre sus brazos, besarla hasta la locura, hacerla suya en un abrazo sin fin…!

Pero era una locura pensarlo siquiera.

Ella era rubia como las otras. Ella tal vez moriría Morando como las otras.

Señaló hacia abajo.

—Llegamos a Nairobi —dijo lentamente.

CAPÍTULO XV

De Nairobi a Mombasa existe una línea de ferrocarril. Es una de las líneas más importantes entre las que discurren desde el interior a la costa africana, y está bien cuidada y mantenida. El trazo pasa por lugares relativamente civilizados, que en algunos aspectos no recuerdan para nada la vieja y tenebrosa África.

Pero en Mombasa todo cambia. No es solo África lo que sale bruscamente al encuentro de los ojos del viajero, sino todo Oriente, con su inmensa variedad de tipos humanos, desde el árabe del Yemen al indio de Ceylán, desde el Tailandés de la frontera de Burma, al chino que ha llegado hasta allí después de recorrer todo Oceanía.

Los barrios indígenas y miserables forman como un cinturón macabro en torno a la ciudad moderna, donde los *buildines* estilo occidental hacen olvidar por unos momentos que uno se encuentra en el lugar más activo y misterioso de todo el Este de África.

Cuando llegaron a la ciudad, después de varias horas de viaje en el abarrotado tren, Jim decidió que debían buscar un hotel decente. Les era necesario darse una buena ducha y comprar ropas nuevas.

Afortunadamente nada más fácil que satisfacer esos deseos, llevando dinero en abundancia. Una hora después de su llegada estaban limpios, frescos, bien vestidos y bien calzados, como si no acabara de realizar un viaje desde las fronteras de la misma Muerte.

Se reunieron en el bar del hotel y Jim hizo un esfuerzo para no mirar a la mujer, cuya belleza esplendorosa resaltaba más que nunca bajo la liviana tela blanca.

Ella musitó:

—¿Me sienta bien el vestido?

Jim apretó los dientes.

—Vamos a la calle de Aboukir —dijo solamente—. ¿No era allí donde tenía su almacén Lacoste?

Ella apretó los labios mientras una llamarada pasaba por sus hermosos ojos.

Pero no dijo una sola palabra.

Salieron rápidamente.

CAPÍTULO XVI

La calle de Aboukir era estrecha, larga y cambiaba de aspecto muy rápidamente.

Por lo visto, años antes existió una gran fábrica al lado derecho y su tapia de piedra limitaba la calle por aquel lado. Enfrente de la tapia se fueron edificando las barracas y los edificios miserables en que vivían los empleados, generalmente de raza negra o asiática. Todo aquello formaba una calle estrecha y que parecía no tener fin.

La fábrica, por lo visto, se cerró más tarde, y los edificios del otro lado de la calle fueron abandonados. Las ratas se adueñaron de ellos. La tapia de mampostería fue cayendo, sin que nadie la reparase, y los chiquillos negros hicieron grandes boquetes en ellas.

Total, la calle de Aboukir era una auténtica ruina, muy apta para una persecución o para una noche de pesadilla.

A su final, sin embargo, su aspecto cambiaba, pues había unos cuantos edificios casi nuevos con tiendas y con escaparates iluminados. Los últimos metros de la calle de Aboukir desembocaban en una pequeña plaza donde finalizaba una línea de autobuses suburbanos.

Un taxi dejó a Sonia y a Jim precisamente en esa plaza.

—La oficina de Lacoste tiene que estar por aquí cerca —dijo Jim—. Y la de Beklacem está casi contigua. Lo vi en la guía telefónica.

Sonia musitó:

—Deben ser aquellos almacenes que se ven al fondo.

—Es probable.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Vamos directamente?

Jim entornó los ojos.

—Seguro que nos esperan, muñeca. No los de Lacoste, porque Lacoste está muerto. Pero sí los de Beklacem.

—Y no tenemos más que una pistola. ¿Crees que es prudente?

Jim adivinó sus pensamientos.

—No, no es prudente lanzamos ahora a esa aventura. No conseguiríamos más que servirles de tiro al blanco, pero habrá un momento en que podamos entrar ahí sin que ellos se den cuenta.

—¿Cómo?

—No lo sé. De momento habrá que esperar.

Señalaba con el mentón el bar situado casi a la entrada de la calle. Era un bar con rótulos de neón en colores rojo y azul, y a través de cuyos cristales se veían las siluetas de algunas mujeres.

—Entremos.

—¿Crees que alguien nos habrá visto?

—Estoy seguro de que no. Simplemente nos esperan dentro del almacén, pero no nos acercaremos por allí hasta que yo haya visto una buena oportunidad.

—Como quieras, Jim.

Entraron.

El local era grande y decorado al estilo americano. Uno hubiera creído encontrarse en cualquier esquina de Manhattan de no ser por los camareros rabiosamente negros y por las mujeres que aguardaban allí.

Eran mestizas.

Años antes aquellas mujeres hubiesen podido parecer feas a un occidental, pero el gusto que impera hoy es precisamente el de las caras morenas y exóticas. En tal sentido aquellas mujeres eran auténticas maravillas. Hacía falta llevar un monumento al lado, como el que llevaba Jim, para no fijarse en ellas.

Y aquellas mujeres aguardaban. Aguardaban la orden, el capricho del hombre blanco.

Lástima.

Jim pensó que merecían algo mejor.

De todos modos, Sonia notó sus miradas y cuando se sentaron a una mesa preguntó ligeramente molesta:

—¿Estorbo?

—¿Crees que alguien puede fijarse en otra mujer yendo contigo?

—Ellas son distintas.

—Pero tú eres incomparablemente más bonita.

—No parece que hayas pensado eso mientras hacíamos este largo viaje. Casi no me has dirigido la palabra.

Jim reconoció sinceramente:

—No quiero tomarte cariño, Sonia.

—¿Por qué?

—Si morimos, ese cariño habrá sido inútil; si por casualidad vivimos, cada uno seguirá por su lado. Somos dos compañeros, pero nada más, Sonia; debes acostumbrarte a este pensamiento.

Ella le miró fijamente, mientras una extraña lucecita chispeaba en el fondo de sus ojos.

—¿Hay otras mujeres en tu vida, Jim?

—Ninguna.

—¿Qué has hecho hasta ahora?

Él se encogió de hombros suavemente.

—Casi ni yo mismo lo sé. Mi vocación es el periodismo. He viajado, he vivido, he estado en la cárcel…

—¿Sin ninguna novia?

—Te parecerá mentira, pero puedo asegurarte que no me ha quedado

tiempo.

Ahora fue Jim el que la miró fijamente, con una extraña lucecita brillándole en el fondo de sus ojos.

—¿Y tú?

—¿Quieres decir si ha habido algún hombre en mi vida?

—Me has adivinado, muchacha.

—No ha habido ninguno.

—Cuando llegamos a Beirut me pareció que para ti los hombres no teníamos ninguna importancia; es decir, que estabas acostumbrada a ellos.

—Lo que te dije a ti no se lo hubiera dicho a otro.

Jim tembló imperceptiblemente, mientras sentía algo que quizá hasta aquel momento no había sentido nunca. Pero intentó dominarlo pensando nuevamente en que no saldrían vivos ninguno de los dos.

—Lo siento —susurró—. Celebraría haber sido yo el primero.

—¿Por qué no lo eres, Jim?

—¿Sabes que estás convertida en una chica muy contundente, Sonia?

Ella no pudo contestar.

En aquel momento entró alguien en el establecimiento.

Era un tipo sin duda árabe, a juzgar por el color de su piel, su nariz ganchuda y algunos detalles de sus ropas. Las muchachas debían conocerle, porque enseguida se apiñaron en torno suyo, aunque con cierto respeto y temor. Jim se dio cuenta de que las trataba despectivamente.

—¿Te has fijado en ese tipo? —musitó ella.

—Sí. Parece un rey.

—¿Quién debe ser?

—Seguramente el hijo de algún jeque de la Arabia Saudí. Puede que su padre posea pozos de petróleo, los cuales le den una renta de varios miles de dólares diarios. Puede también que posea un harén con doscientas mujeres, al igual que su hijito.

—¿Y para qué necesitará venir aquí?

—¿Quién sabe? Quizá al angelito le convenga variar todavía más.

Pero Jim, a pesar de estas palabras, no estaba demasiado convencido.

Se dedicó a observar a aquel hombre.

Tendría unos veinticinco años y, por la superioridad con que trataba a las mujeres, se adivinaba que estaba acostumbrado a tenerlas bajo sus pies. Si estaba allí no era seguramente por ver aquellas muchachas negras, a las que en el fondo debía despreciar. Quizá se limitaba a matar el tiempo mientras esperaba algo.

Lo que esperaba apareció poco después.

Era un voluminoso camión. Un «Leyland».

A duras penas aquel voluminoso artefacto pasaba por la estrecha calle, que más adelante se convertía en un campo de ruinas. Avanzaba a muy poca velocidad y siempre en primera. El camión era de caja metálica

cerrada, como si se tratara de un frigorífico.

Llegó hasta donde la oscuridad de la calle era impenetrable y allí se detuvo.

Desde su asiento veía Jim las luces «Stop», mientras el pesado vehículo hacía maniobra para penetrar en uno de los almacenes.

Seguramente el de Beklacem.

El árabe dio un par de palmadas despectivas a la región glútea de otras tantas chicas y salió del local.

No había mirado a Jim, aunque envolvió a Sonia en una violenta mirada posesiva.



Era evidente que le seguía

Seguramente no los conocía, no le recordaban a nadie. Solo sabía que la mujer era hermosa.

Jim susurró:

—Vamos.

Dejó un dólar sobre la mesa. Había más que suficiente para pagar las bebidas que acababan de consumir.

—Yo entraré solo en el almacén, Sonia. Tú quédate en la puerta.

—Pero…

—No chistes.

Ella apretó los labios y le siguió sin decir palabra. Pero se adivinaba por su expresión que no haría lo que le había ordenado el hombre.

Vieron las luces del camión en el momento en que desaparecían.

El «Leyland» acababa de entrar en uno de los almacenes.

Se veía al árabe caminar unos pasos por delante de ellos, confiadamente, sin darse cuenta de que era seguido.

Pronto, a las luces remotas que rasgaban a trechos la oscuridad de la tenebrosa calle, vieron el rótulo del almacén donde acababa de entrar el camión. Aquel rótulo contenía un solo nombre: «Beklacem».

Jim apretó los puños.

—Creo que estamos llegando al final del drama —musitó—. Este árabe tenía algo que ver con el argelino Beklacem y con el contenido de ese camión. Me parece que pronto vamos a tener la respuesta a lo que nos ha hecho recorrer medio mundo, Sonia. Ahora sabremos a qué clase de comercio se dedicaban Beklacem y Lacoste.

—¿Piensas que estará en ese camión?

—No tengo la menor duda.

Jim avanzó tanteando. La muchacha le seguía.

El árabe entró en el almacén, cuyo enorme portalón, lo suficientemente amplio para dar cabida al «Leyland», aún continuaba abierto.

En el cielo brillaban las estrellas esplendentes del cielo africano.

El aire de la noche era puro, límpido.

Jim apretó la pistola.

—Quédate aquí, muchacha.

Sin dejarla tiempo para que ella reaccionara, él empezó a correr. Sus zapatos finos y blancos no levantaban el menor ruido en la calle de tierra apisonada. En pocos instantes, sin que nadie le viese, llegó ante la puerta del enorme almacén.

Dentro de este había encendidas unas pocas luces de neón que apenas disipaban la penumbra.

Y hombres. Cinco hombres blancos armados de pistolas automáticas.

Jim contuvo la respiración.

Había otro camión en el almacén, también con caja metálica

herméticamente cerrada. Pero este no era un «Leyland», sino un «Mercedes Benz».

Ambos vehículos parecían de la misma capacidad.

Las puertas del «Leyland» fueron abiertas.

Y entonces empezó a descender la «mercancía».

Jim, desde la puerta, estuvo a punto de lanzar un grito.

CAPÍTULO XVII

De pronto, en breves fracciones de segundo, recordó cosas que ya parecían fuera del tiempo, cosas que eran increíbles en la segunda mitad del siglo Veinte… y que sin embargo, existían trágicamente. Cosas de las que los mismos comunicados de la O.N.U. habían hablado repetidamente.

¡Esclavitud!

Jim recordó ahora algunas comunicaciones enviadas a Nueva York por los miembros de las Naciones Unidas: «La trata de esclavos continúa a través de los países de África como a principios del siglo XIX»… «El marfil negro es transportado de las formas más variadas por las viejas rutas de las caravanas, contando con la complicidad de los gobiernos locales»… «Los esclavos son embarcados en los puertos del Océano Índico y transportados a los países compradores de forma que se eluda la vigilancia de la policía»… «Los países compradores son siempre los mismos: La Arabia Saudí y el Yemen, principalmente aquella».

Jim sintió como si su garganta se rompiera, de tan terrible esfuerzo que hubo de hacer para no gritar.

Casi todas las esclavas eran… mestizas para los harenes. No existían apenas hombres. Eran mujeres casi blancas, de ojos rasgados y exóticos, de labios casi occidentales, de mirada angustiosa y perdida.

¡Esclavas en el siglo XX!

¡Por eso había tenido Sonia la sensación de que aquel «negocio» no era simple trata de blancas, de que era algo mucho más importante y mucho más antiguo!

¡Algo tan antiguo como el mundo!

Jim contuvo la respiración.

Porque de pronto alguien bajó del camión. Alguien que no era una mujer mestiza, sino una blanca pura y de resplandeciente belleza. Alguien a quién Jim conocía bien: ¡Ingrid!

¡Aquellos buitres llevaban a Ingrid a los harenes de Arabia!

Parecía increíble, pero lo estaba viendo con sus propios ojos. Algo que todo el mundo creía extinguido, como una reliquia histórica, estaba sucediendo allí.

Jim dejó de pensar.

Ante sus ojos pasó como una niebla rojiza, como una niebla de sangre.

Lanzó un rugido y se arrojó hacia adelante, como una fiera.

CAPÍTULO XVIII

Llevaba una pistola y no vaciló en usarla. Ni por un momento se le ocurrió pensar que aquellos individuos podían merecer la menor compasión.

Los tipos que estaban junto a los camiones eran cinco. Los había visto bien.

Podía haber otros ocultos en el inmenso almacén, pero necesitaba correr ese riesgo.

Jim contaba con la sorpresa. Todos aquellos hombres le vieron aparecer como si se tratara de un fantasma. Ni uno solo de ellos supo reaccionar a tiempo.

Jim apretó el gatillo dos veces.

Los dos hombres que estaban más cerca, junto al camión «Leyland», cayeron hacia atrás mientras se llevaban las manos a la cabeza. Ninguno de los dos llegó a enterarse de que el proyectil les había penetrado entre los ojos. Murieron sin un gemido, sin un espasmo, mientras Jim intentaba parapetarse de un salto tras el camión «Mercedes».

No lo consiguió.

Sus enemigos eran tres ahora y habían tenido unos segundos para reaccionar, pasado el momento de estupor.

Jim aulló:

—¡Saltad, idiotas!

Se dirigía a los esclavos. Si estos hubieran sabido moverse, si hubieran sido capaces de la menor iniciativa, ninguno de los tres vigilantes hubiera quedado con vida. Pero aquellos hombres y mujeres tenían la misma resignación fatalista, la misma indolencia que tuvieron sus antepasados siglos antes. Ni uno de ellos se movió.

Solo Ingrid.

Pero cuando ella lo hizo, ya una bala había alcanzado en el hombro a Jim, mientras la otra le rozaba la cabeza.

Fue esta segunda la que le hizo perder el conocimiento.

Con una horrible sensación de vértigo, sintiendo además una violenta náusea, cayó de bruces.

Uno de los hombres armados se acercó a él a la carrera. En sus labios bailoteaba una sonrisa satánica.

Le apuntó al centro del cráneo y se dispuso a apretar el gatillo.

Pero no llegó a brotar el disparo.

De pronto sonó un grito, mientras Ingrid se abalanzaba sobre el hombre. Este se revolvió furioso.

—¡Quieta, maldita!

—¡No tires! —gimió Ingrid—. ¡No puedes disparar! ¡Llamarás la atención de todo el mundo!

—Bastante la hemos llamado ya. ¡Aparta!

—¡Ese hombre es importante!

—¿Lo conoces?

—Si él falta, la policía estará tras él dentro de unos minutos...

—Razón de más para no perder tiempo. Nuestro negocio no admite vacilaciones. ¡Fuera!

La apartó de un brutal empujón. Ingrid cayó al suelo llorando, mientras gimoteaba con las manos sobre los ojos:

—¡No...! ¡Nooo!

El hombre apretó de nuevo.

Sonó un disparo.

* * *

Con un grito de horror, el tipo se llevó las manos al pecho, mientras la pistola se le encabritaba entre los dedos. Con los ojos desorbitados miró hacia la parte delantera del camión, hasta donde se había infiltrado una mujer.

Una mujer rubia.

Una diosa vestida de blanco que había empuñado la pistola automática de uno de los muertos.

Fue a mover el arma hacia ella, pero la mujer disparó otra vez, ahora sobre seguro.

El hombre sintió un choque en la frente y cayó hacia atrás, mientras se abría en dos mitades su cabeza.

Los otros no llegaron a ver quién había disparado. Solo vieron caer a su amigo.

—¡Pronto! ¡La policía!

Creyeron que habían sido acorralados e hicieron subir a empujones a las esclavas al camión «Mercedes», mientras uno de los tipos armados daba cautelosamente la vuelta al almacén para ver si la salida continuaba libre aún. Pero no distinguió absolutamente a nadie.

Sonia se había colocado bajo el camión, entre las ruedas, con la pistola preparada. Y a pesar de que vio a su enemigo muy cerca de allí, y casi vuelto de espaldas, no hizo fuego contra él.

Caso de apretar el gatillo hubiera sido descubierta y su situación se habría hecho insostenible.

Además quería ayudar a Jim.

Lo veía allí, junto a las ruedas, exánime, mientras un hilillo de sangre se deslizaba por su frente.

Sonia sabía que no estaba muerto, pues no había en su cabeza orificio

de entrada de la bala. Únicamente había una rozadura, pero lo bastante intensa para hacerle perder el conocimiento durante un par de minutos.

Justo lo suficiente para que le aplastasen las ruedas gigantesco camión.

El tipo que había llegado hasta la puerta, susurró:

—No se ve a nadie...

—¿Entonces quién infiernos ha disparado? ¿Un fantasma?

—No lo sé, pero la calle está vacía.

—¿Y la tapia?

—La policía no ha podido esconderse ahí. No han tenido tiempo.

—¿Entonces la salida está libre?

—Completamente...

El que parecía dirigir el «trabajo» se encogió de hombros, sin acabar de convencerse, pero lo cierto era que no tenía tiempo para pensar. Necesitaba salir de allí cuanto antes.

Los últimos esclavos eran izados a empellones al «Mercedes». Parecía increíble, pero ninguno de ellos se rebeló. Dos mujeres y un hombre que intentaron hacer un solo gesto sospechoso fueron salvajemente golpeados con las culatas e izados igualmente a la caja del «Mercedes».

—¡Vamos allá!

Sonia, tumbada entre las ruedas, contrajo todos los músculos.

Oyó encima de su cabeza el poderoso motor poniéndose bruscamente en marcha. Y el chasquido de la primera velocidad al entrar bruscamente.

Vio los pies del hombre saltar al estribo cuando las ruedas empezaron a girar lentamente.

—¡Aplástale!

La orden se dirigía inequívocamente al chófer, para que hiciera pasar las ruedas por encima del cuerpo inerte de Jim. Sonia tendió los brazos en el último momento, preguntándose con angustia si tendría fuerzas para hacer aquello.

Las enormes ruedas posteriores dieron dos vueltas sobre sí mismas.

Ya iban a tocar a Jim. El camión, con su carga humana en la caja, lo aplastaría convirtiéndolo en pulpa. Los policías nigerianos ni siquiera descubrirían su cadáver cuando lo hallasen horas más tarde.

Sujetando los pies de Jim, Sonia tiró con todas sus fuerzas, mientras lanzaba un débil grito a causa de la terrible contracción de todos sus músculos. El cuerpo de Jim resbaló sobre el polvo que cubría el suelo de cemento y su cabeza chocó con uno de los neumáticos. Pero no llegó a ser aplastada por este.

Buscando una más eficaz maniobra, el chófer hizo un quiebro con el pesado camión, creyendo que así aplastaría mejor a Jim. Pero lo que en realidad hizo, puesto que Sonia lo había movido ya, fue apartar las ruedas.

El «Mercedes» dio un tumbo al aplastar a uno de los cadáveres.

—Ya está —dijo el chófer—. No habrá que preocuparse más por este.

Salió del inmenso almacén, dejando el «Leyland» atrás, con los motores parados, igual que un monstruo dormido.

Pero el «Leyland» no estaba solo.

Cuando Sonia se ponía en pie, el árabe a quién antes vieron entrando en el almacén saltó de pronto. Llevaba en su derecha una pistola chata, seguramente del calibre 7’65.

—¡Perra! —aulló.

Sonia no se detuvo en contemplaciones.

Con los labios apretados, con una salvaje determinación impresa en el rostro le descerrajó la primera bala. El proyectil penetró por debajo de la barbilla del árabe, que escupió sangre mientras componía una mueca de estupor y soltaba su propia pistola. Sonia, sin saber bien lo que hacía, movida solo por su asco y por su odio, le vació el cargador entero en la cabeza.

Cuando dejó de disparar, envuelta en una nube de humo, vio a Jim que la estaba mirando desde el suelo.

Por lo visto acababa de recobrar el conocimiento y su primer espectáculo había sido el de la dulce Sonia vaciando un cargador entero en la cabeza de un hombre. Pero no pareció asombrarse demasiado. Se limitó a pasarse una mano por los ojos.

—Has malgastado muchas balas —masculló—. Con la mitad había suficiente.

Sonia, sin fuerzas, dejó caer la pistola al suelo. Esta produjo sobre el cemento un chasquido metálico.

—Más vale que la guardes —musitó él—. Esto no ha terminado todavía.

—Siento… asco de mi misma.

—Para sentirlo, espera a que la cosa acabe.

Jim se puso en pie lentamente.

—Por cierto… gracias por salvarme la vida.

—¿Es que… te has dado cuenta?

—Solo vagamente. Empezaba a recobrar el conocimiento, pero no podía moverme aún. Solo he sentido que alguien tiraba de mí, y he pensado que únicamente tú podías haberlo hecho.

Sonia no quiso hablar de aquello.

Caminó unos pasos hacia el hombre a quién acababa de matar y lo miró horrorizada.

—¿Quién crees que puede ser?

—Ya lo hemos comentado antes. Seguro que el hijo de uno de los compradores de la «mercancía».

—¡Dios mío! ¿Pero qué harán con ellas? ¿En qué consiste su negocio?

—Las llevan a los harenes de la Arabia Saudí. Allí las mujeres blancas deben obtener un excelente precio.

—¿Pero cómo las transportan? ¡Para eso hay que atravesar el mar!

—Un pedazo de mar pequeñito, muchacha. Solo hay que atravesar el Océano Índico. Cuentan con la aquiescencia de las autoridades, que deben estar sobornadas, y además su procedimiento es sencillo.

—¿Sabes ya en qué consiste?

—Los dos acabamos de verlo. Transportan la «carga» en un camión, en este camión «Leyland», y aquí la trasladan a otro, concretamente el «Mercedes», para evitar llamar demasiado la atención sobre un mismo vehículo. El camión, que parece un refrigerador, va precintado. Se carga legalmente en un buque cuyo capitán ya ha recibido su parte en el «negocio» y el camión es desestibado en la Arabia Saudí. Desde allí al lugar de la venta, ya no hace falta ni disimular siquiera.

—Es... Es monstruoso.

—Monstruoso y además increíble, muchacha. Pero espantosamente real. Todo esto se hace ante las narices de las policías occidentales, de los delegados de la U.N.E.S.C.O. y de los comités de investigación. Pero pienso que en África la gente siempre ha considerado la esclavitud como un mal inevitable, como una fatalidad del destino y por eso la acepta con tanta resignación. Es eso lo que convierte en más fácil la labor de esos buitres.

—Pero no son negros... ¡Ellas eran mujeres blancas!

—Que han empezado a ser esclavas precisamente cuando se encontraban en África. Antes han sido conducidas hasta allí por medio de engaños o de amenazas, pero más o menos por su propia voluntad. Es precisamente aquí donde esos verdugos se quitan la careta.

—Porque aquí tienen todas las probabilidades a favor, ¿verdad?

—Todas.

—¿Qué... qué crees que debemos hacer?

—En primer lugar salir de aquí a través de los descampados que hay más allá de la pared de piedra. Hemos armado bastante ruido, y aunque este es un país atrasado no me parecería raro que la policía asomara las narices de un momento a otro.

—¿Y luego?

—Luego —susurró él encajando fieramente las mandíbulas—, iremos al puerto. De repente siento un gran interés por ver en qué clase de buque cargan ese «Mercedes» lleno de carne humana...

⋆ ⋆ ⋆

El inmenso puerto de Mombasa, uno de los mayores del Océano Índico, estaba silencioso en la noche sin luna.

Ni una luz, excepto las del pequeño carguero libanés atracado al muelle, alumbraba aquella zona. Las aguas negras parecían un inmenso lago de petróleo. No se oía un rumor, ni el ritmo de una respiración, ni un suspiro.

Jim, que llevaba el coche en punto muerto, silenciosamente, lo detuvo

al final de la suave pendiente, casi a doscientos metros del carguero libanes.

Desde allí veían oscilar la grúa.

El pesado camión, aparentemente un frigorífico cualquiera, era izado por la poderosa máquina antes de quedar estibado en las entrañas misteriosas del buque.

Cerca se oía el «paf paf» monótono de una lancha motora.

Jim frenó el coche sin un solo rumor. Los neumáticos resbalaron un segundo sobre el asfalto húmedo, como si fueran de seda, y luego quedaron inmóviles.

El «paf paf» de la lancha se oía más cerca.

Jim susurró:

—Vamos.

Habían estado deslizándose sin luces a lo largo de los mulles, exponiéndose a caer al agua. No veían prácticamente nada. Jim tenía que tomar como única referencia las luces del buque donde estaban sus enemigos.

—Van a terminar la carga… —musitó ella.

—Sí. En cuanto terminen con el camión levarán anclas. Es cuestión de minutos.

—¿Qué vamos a hacer?

—Por lo pronto sacar la metralleta.

Llevaban la que había tenido que soltar el hombre muerto en el garaje. El arma contaba con un cargador intacto, y Jim llevaba además en los bolsillos otros dos. En cuanto a la muchacha, contaba con una pistola.

No obstante, los dos sabían que con aquello poco podrían hacer contra los hombres del carguero libanés, que sin duda eran más de treinta y estaban reclutados entre lo peor del mundo. Resultaba ridículo pensar que pudieran adueñarse del buque.

¿Y avisar a las autoridades?

Ridículo también. Antes de que nadie llegara, los comerciantes harían desaparecer el camión en las aguas del puerto. La solución sería muchísimo peor para la carga humana que iba almacenada allí.

Sonia pareció resumir aquellos pensamientos cuando preguntó:

—¿Disparamos desde lo alto de alguna de las grúas?

—No. Tengo otra idea mejor.

—¿Cuál?

—¿Ves esa lancha motora? Está ahí para protegerles. Seguro que lleva una ametralladora pesada.

—¿Y… qué piensas hacer?

—Mantente vigilante con el ametrallador. No hagas nada hasta que yo te avise. Si no vuelvo, huye de aquí. Pero, sobre todo, dispara sin piedad contra cualquiera que se te acerque y no sea yo mismo.

Jim llegó hasta el borde del muelle. La muchacha tendió ansiosamente una mano hacia él.

Pero ya no llegó a detenerlo.

Jim se había hundido silenciosamente en la negrura implacable de las aguas.

Y nadó por debajo de la superficie hacia la lancha motora, que maniobraba muy cerca del barco.

Las aguas parecieron estremecerse cuando este levó anclas velozmente y las poderosas hélices empezaron a funcionar para la maniobra.

CAPÍTULO XIX

Jim, sin más armas que sus manos, llegó hasta la quilla de la lancha motora.

Ahora la lancha se había detenido, justamente al ponerse el navío en marcha. Había dejado de oírse a través de las aguas aquel «paf paf» tranquilo y lento. Pero en la cubierta de la pequeña embarcación se oía la voz ronca de alguien que daba órdenes.

Jim emergió como una sombra de las aguas negras.

Sabía que en la noche sin luna no podrían verle. Podía estar tranquilo hasta el momento en que saltara a bordo.

No dudó en hacerlo.

Izándose con una flexión de sus poderosos, brazos, se colgó de la popa, que estaba a poca superficie del agua. Aunque intentó hacerlo silenciosamente, produjo como un chapoteo. La voz ronca que daba órdenes se detuvo repentinamente.

—¿Qué pasa?

Hablaban en inglés.

—No lo sé, jefe.

—Parece como si alguien se hubiera caído por la popa.

—Voy a ver.

Jim pasó una pierna por la borda y se dejó caer silenciosamente entre unos rollos de cuerdas. Preparó la mano mientras veía avanzar al tipo que venía por él.

Era un hombre de unos treinta años, fuerte y peludo como un gorila, que vestía pantalones caqui y una camiseta azul.

En una funda axilar llevaba una pistola, y de su cinturón colgaba la funda de un cuchillo. Por lo visto en aquella parte del puerto no tenían gran cosa que temer, puesto que exhibían sus armas de aquel modo.

Miró en torno suyo.

Jim tensó los músculos y saltó justo cuando el Otro llegaba entre la oscuridad a la altura de las cuerdas.

No produjo apenas ruido.

Movió la mano derecha.

Sonó un chasquido, y el marino cayó hacia atrás lanzando un gemido corto y ronco. Fue algo muy breve, sin embargo, en el silencio de la embarcación, que incluso tenía parados los motores, sonó como un cañonazo. El hombre cayó hacia adelante con los miembros flácidos y se estrelló de bruces contra la cubierta. Jim no necesitó mirarlo dos veces para comprender que le había destrozado la nuca. Estaba muerto.

Febrilmente, se inclinó sobre él y le despojó del puñal, agazapándose instantáneamente porque acababa de ver llegar una sombra.

Era otro tipo, este vestido con ropas enteramente negras. Parecía delgado y sinuoso. Se movía con precaución.

—¡Lewis! —llamó—. ¡Lewis!

Lo vio caído en cubierta cuando aún estaba a doce pasos de él. Fue a lanzar un grito, pero entonces vio brillar algo así como un relámpago de luz ante sus ojos.

Era el puñal.

Jim se lo clavó en el corazón directamente, de un solo y seco golpe, sin que el otro lanzara un gemido.

Cayó sobre cubierta.

Dos bruscas maldiciones sonaron al otro lado de la cubierta. Jim se dio cuenta de que al menos dos hombres habían visto la muerte de su compañero. Lanzó una maldición él también, mientras se inclinaba para ver si el cadáver tenía algún arma.

Desclavar el cuchillo no le hubiera servido de nada en aquellas circunstancias.

Entre la camisa y el pantalón del muerto, vio una pistola. La sacó febrilmente y quiso montarla, pero la corredera estaba encallada. Con un sordo grito la lanzó a la cabeza de uno de los que corrían hacia él.

Pero el tipo no se detuvo. No se inmutó siquiera. Él y su compañero estaban ahora a unos ocho pasos.

No podían fallar.

Jim distendió sus labios en una sonrisa, en una sonrisa insultante, mientras gruñía con voz ronca:

—Lo que me sabe peor es dejarme la piel en este cochino puert...

No llegó a terminar la frase.

De pronto, antes de que los hombres dispararan, desde lo alto del muelle tableteó una ametralladora. Jim apenas tuvo tiempo de gritar:

—¡Sonia!

La muchacha, junto al borde mismo del agua, tiraba rabiosamente. No vaciló ni un momento. No tuvo la menor duda en tirar a matar desde la primera bala. Los dos enemigos se contorsionaron sobre cubierta, iniciaron un pataleo trágico al caer y en cuestión de segundos quedaron espantosamente inmóviles. Desde el otro lado se oyó llegar a algunos tipos más. Dos o tres seguramente.

Jim aulló:

—¡Échate a tierra, Sonia! ¡Échate!

La advertencia llegó a tiempo.

Sonia se dejó caer sobre el cemento del muelle, en el instante en que las balas picoteaban en torno suyo. La relativa oscuridad la protegió, pero los tiradores la tenían localizada. Su única posibilidad de vivir estaba en no

moverse. Ya no podría apretar el gatillo más.

Pero Jim no perdió el tiempo.

Tomando el revólver de uno de los muertos, saltó ágilmente sobre el techo de la cabina. Desde allí vio claramente a los dos tipos que disparaban contra Sonia. Estaban de espaldas a él.

Jim dijo con suavidad:

—Eh, muchachos…

Los otros se volvieron como si acabaran de escuchar el silbido de una serpiente. Intentaron girar sus armas.

Jim no les dio tiempo.

Disparó delicadamente dos veces, sin apenas moverse, como si la cosa le aburriera, y vació dos cabezas.

Los hombres se desplomaron sin un gemido, como dos muñecos rotos.

Sonia se puso en pie.

—¡Salta! —gritó Jim—. ¡Saltaaa!

La muchacha soltó la ametralladora y saltó al agua limpiamente. Sus hermosas piernas rebrillaron un momento en la oscuridad. Apenas unos segundos más tarde, braceando como una campeona, había llegado al borde de la lancha. Jim la ayudó a subir.

Pero mientras tanto ya se había dado la alarma en el buque cargado de carne humana. Casi todas las luces de este se habían apagado instantáneamente. La velocidad de las hélices aumentó, lo que indicaba que el *buque* estaba haciendo un brutal esfuerzo para salir del puerto cuanto antes. El puesto en que se encontraba le permitía la facilidad de salir directamente, sin necesidad de la ayuda de remolcadores.

La muchacha, respirando dificultosamente, quedó casi colgada de los brazos de Jim.

—Gracias —susurró este.

—Creí que…

—Yo también creí que me mataban, Sonia. Pero por ahora seguimos en situación de luchar. Y habrá que hacerlo pronto.

—Los del barco se han dado cuenta, ¿no?

—Sí. E intentan salir.

—Pero ya se ha dado la alarma en todo el puerto. ¿No oyes los silbatos? Pronto la policía llegará aquí… ¡Eso nos favorece!

Jim susurró:

—Puede que lleguen demasiado tarde. Si el buque está ya fuera de las aguas jurisdiccionales, nada se podrá hacer ya, puesto que lleva el pabellón de un país extranjero. Hemos de detenerlo antes.

—¿Pero cómo?

—Seguro que ellos tienen también alguna ametralladora, o quién sabe si incluso un cañón ligero convenientemente camuflado. Nos harán polvo en cuanto nos acerquemos demasiado, pero al mismo tiempo conviene

estar muy lejos, porque arrojarían los esclavos al agua. ¿Sabrías tú manejar esta lancha motora?

—Creo… que tal vez sí.

—Yo te pondré el motor en marcha. Tú no tienes más que cuidar del timón, que es extraordinariamente parecido en su manejo al volante de un coche. Por lo demás, aquí tiene que haber una ametralladora, seguro. La buscaré.

—Jim…

Él la miró con una extraña serenidad, con una frialdad que quizá ella no había notado nunca.

—¿Qué hay, muchacha?

—¿Qué piensas hacer?

—Por lo pronto, impedir que huyan. Ese sucio de Beklacem tiene que estar en el barco, y con él sus más inmediatos colaboradores. Voy a intentarlo todo para que la cacería sea completa, pero no podemos perder ni un segundo más. Vamos.

Se dirigieron hacia la cabina de mando de la lancha, que estaba vacía y en la que solo rebrillaba la débil luz de los instrumentos de control. Sin duda todos los ocupantes yacían muertos en cubierta.

—Han forzado los motores —dijo Jim, viendo la estela que dejaba el navío—. Están haciendo todo lo posible por salir de las aguas jurisdiccionales. Si esto no se pone en marcha pronto…

Los silbatos llenaban ya el puerto entero, y la sensación de alarma, de caos, era general en todas partes. Pero Jim sabía que solo en sí mismo podía confiar. Que si él no atrapaba a aquellos buitres no los atraparía nadie.

Puso en marcha el motor. Este obedeció instantánea y suavemente, como una máquina bien cuidada.

Arrancaron a unos seis nudos para aumentar enseguida a ocho y luego a doce.

—Ellos deben llevar aproximadamente esta marcha —dijo Jim—, porque el barco es antiguo. Podríamos adelantarles, pero no te acerques demasiado. Solo debes preocuparte de mantener el timón siguiendo la estela que ellos dejan. Lo demás es cuenta mía.

Antes de que ella pudiera pronunciar una sola palabra, Jim había salido ya y avanzaba por cubierta.

Vio en proa una gran lona cubriendo lo que parecían ser unas cajas. Sin dudarlo, levantó aquella lona. Suponía lo que iba a encontrar, y efectivamente lo encontró. Una de las cajas que había debajo no tenía fondo en realidad, y al levantarla aparecía una ametralladora pesada con su carga completa de balas trazadoras. Magnífico cacharro para hacer buenos blancos en la oscuridad.

Jim preparó la ametralladora. Vio que la muchacha seguía bien el surco

del navío, sin acercarse demasiado ni perder distancia. Vio también que en la popa del buque había un inusitado movimiento.

Apuntó hacia allí.

Y de pronto, sus ojos, más acostumbrados a las tinieblas, se dieron cuenta de algo. Repentinamente Jim comprendió. ¡Y repentinamente se le heló la sangre en las venas!

Los mercaderes de carne humana, sabiéndose perseguidos, intentaban salvar del desastre todo lo posible. Sabían que si eran hallados los esclavos a bordo nadie les podría librar de una elevada condena, por muchas influencias que tratasen de buscar. En cambio, si no había ningún esclavo en el buque cuando fueran atrapados, la cosa se arreglaría con una simple propina a la policía. De modo que, perdido por perdido el negocio, la cosa no tenía elección.

Y ahora iban a arrojar a las mujeres con un peso atado a los pies. ¡La primera a la que iban a lanzar, a juzgar por su rubia cabellera, era Ingrid!

Seguramente Ingrid estaría llorando.

¿Por qué todas las rubias morían así? ¿Por qué todas las rubias que él había conocido últimamente morían con lágrimas en los ojos?

Pero no había tiempo para entretenerse pensando. No se podía perder ni un segundo. Y Jim, con todos los músculos tensos, se dispuso a actuar.

Gritó:

—¡Acelera, Sonia!

La muchacha puso la marcha en «Toda» demasiado bruscamente. La canoa dio una especie de salto y amenazó con perder la estabilidad, pero en todo momento Sonia mantuvo el timón. La distancia entre el buque mercante y la canoa se redujo velozmente.

Jim vio las figuras con más precisión.

El mismo gritó:

—¡Ahora!

Había visto bien a los dos tipos que estaban empujando a Ingrid. Era cuestión de segundos. Si tardaba demasiado o cometía el más pequeño error, costaría la vida a la muchacha. De modo que Jim concentró todos sus sentidos, procuró que no le temblara el pulso… ¡y disparó!

Las balas trazadoras, de calibre pesado, alcanzaron primero al hombre de la izquierda. Jim soltó el gatillo e imprimió al cañón un ligerísimo giro. Luego envió hacia adelante otro chorro de balas. El tipo de la derecha quedó materialmente deshecho por los proyectiles de calibre pesado, mientras su aullido espantoso hacía estremecer la noche.

Ingrid quedó sola en la popa, durante unos segundos, mientras vacilaba.

Otro tipo se acercó por su espalda. Parecía ir a empujarla.

Jim le envió una rociada de balas a la cabeza, y lo que había más arriba de la boca del hombre desapareció por entero, entre un chasquido

espantoso.

Ahora la canoa ya estaba casi pegada a la popa. Sonia imprimió un giro al volante, y Jim notó que se distanciaban. Vio a tres hombres que preparaban un cañón ligero en la proa.

Estaban preparados e hicieron fuego, pero la bala cayó a unos metros por delante de la lancha. Jim sonrió secamente, mientras apretaba el gatillo con rabia. Sintió estremecerse su carne con el diabólico retroceso de la máquina. Las balas trazadoras segaron la noche, y los servidores del cañón saltaron en todas direcciones mientras sobré ellos llovía su propia sangre.

No por eso Jim se estuvo quieto.

Barrió materialmente la cubierta y luego concentró su tiro sobre la cabina de mando del buque. A aquella distancia y con bala trazadora, no podía fallar. Hizo añicos los cristales y la plancha. Hasta él llegaron los aullidos, y casi instantáneamente el barco quedó al garete.

El timonel debía haber muerto, y no había nadie para sustituirle. Jim indicó a la muchacha a gritos que diese una vuelta en torno al navío, y al pasar por delante de las hélices les soltó una terrorífica andanada, hasta agotar las balas. A aquella distancia y con tan terrible chorro de balas, las palas se rompieron en parte. La estela de espuma del buque decreció instantáneamente.

Jim lanzó un suspiro.

De pronto se sentía infinitamente cansado, casi hasta el borde del agotamiento. Se sentía también como vacío, como destrozado, y cosa rara, con un solo deseo: Besar los labios de Sonia.

Lentamente fue hacia la cabina.

—Puedes parar, muchacha.

Ella, otra vez con un movimiento demasiado brusco, puso la manivela en «Alto».

La retracción fue tan brusca que estuvo a punto de perder el equilibrio y casi cayó en sus brazos.

Era lo que quería Jim. Eso era lo que el muy buitre había estado deseando desde que no tuvo más enemigos delante del punto de mira de su ametralladora.

Besó a la chica. Vaya si la besó…

Y ella, la muy, muy, muy… resultó que sabía besar mejor que él.

Pero en sus ojos también había lágrimas. Las lágrimas llegaron a rodar por sus mejillas cuando el puerto se llenó con el aullido de las sirenas de las lanchas de la policía que se acercaban.

—Yo creí que las rubias solo sabíais llorar al morir —susurró Jim.

—Y al besar también, tonto —dijo ella.

Y se lo demostró. Para que la lección no se le olvidara, al menos se lo demostró diez veces.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 • Impreso en España - Printed in Spain